

# Damián de Molokai

L. Norberto Zulaica Vidaurre, ss.cc.

## Indice

Presentación .....	4
Año 1840 .....	5
Año 1848 .....	6
Año 1857 .....	6
Año 1858 .....	7
Año 1859 .....	8
Año 1860 .....	8
Año 1861 .....	9
Año 1863 .....	9
Año 1864 .....	10
Año 1865 .....	12
Año 1866 .....	14
Año 1868 .....	14
Año 1869 .....	14
Año 1870 .....	15
Año 1872 .....	15
Año 1873 .....	15
Año 1874 .....	18
Año 1876 .....	19
Año 1878 .....	21
Año 1881 .....	22
Año 1883 .....	23
Año 1884 .....	23
Año 1885 .....	24
Año 1886 .....	26
Año 1887 .....	28
Año 1888 .....	29
Año 1889 .....	31
Los últimos momentos de Damián según el P. Wendelin Moellers .....	34

“Te lo debo decir. El Señor ha puesto sus ojos en mí y me ha elegido. Le tengo que reconocer al Señor esta gracia. Va a ser la enfermedad que me va a conducir más directamente a la patria del cielo. Y acepto esta esperanza como mi cruz particular. Me estoy esforzando por llevarla sobre los hombros como el Cirineo llevó la suya. Tienes que ayudarme con tus oraciones. Necesito fuerzas para perseverar, para llegar dichosamente a la cumbre del Calvario”.

(Carta de Damián a Pánfilo, 9 nov. 1887)

## **Presentación**

*¿Una biografía más del Padre Damián? Pues sí. Y esto por varias razones.*

*La primera porque ha querido ofrecer una semblanza, breve y sencilla, del Mártir de Molokai, sin interpretaciones subjetivas, ni visiones parciales, ni elementos más o menos novelescos, sino una semblanza basada y trazada únicamente sobre datos históricos conservados en las memorias de la Congregación y, sobre todo, en las Cartas que el padre Damián dirigió a sus superiores, parientes y amigos. En ellas se transparenta toda la calidad de su personalidad humana y cristiana. El lector contará, así lo creo, con elementos suficientes, y sin ser dirigido, para hacerse una idea sobre Damián: de su profundidad de fe cristiana, su amor a la eucaristía, la delicadeza de su conciencia, su sano orgullo por ser miembro de la Congregación de los Sagrados Corazones, tu talla misionera, su entrega sin reservas por los seres humanos más marginados...*

*La segunda es de orden económico. Siendo breve, costará menos y podrá llegar a más personas. Creo que, de entre todos los admiradores del padre Damián, hay muchos que no han tenido la posibilidad de leer una biografía sobre él, que esté a su alcance, tanto de su formación elemental como de su bolsillo. Vaya, pues, por ellos.*

*La tercera, y ésta es personal, porque he querido, con este mi trabajo, ofrecer a la figura del padre Damián la expresión de mi agradecimiento por todo lo que él ha significado para mí, junto a mis Fundadores, José María y Enriqueta, en mi vida cristiana, religiosa y sacerdotal.*

*L. Norberto Zulaica, ss.cc.  
Parroquia de San Braulio. Madrid  
6 de junio de 1999*

## 1840

Tremeloo, cuando nace Damián -3 de enero de 1840-, es una pequeña aldea belga, cuyos habitantes se dedican al cultivo del campo y a la ganadería. Mucho trabajo y pocos beneficios, pues la tierra es pobre: ni praderas, ni cereales; tan sólo un poco de centeno y algo de maíz verde para los animales. El terreno arenoso, apenas calentado por un sol débil, no da para más. Pero, a fuerza de trabajo, aquellos duros y tenaces campesinos logran arrancarle remolacha, patatas, alubias, espárragos, que, junto a la leche y los quesos, les servirán para mercadear en otras aldeas o en la ciudad y llevarse a casa algunos dinerillos o algunos artículos de los que carecen. La vida en la aldea es muy sencilla y frugal. El alejamiento de los centros urbanos -Bruselas, Lovaina, Malinas- hace que vivan encerrados en sus ideas y costumbres ancestrales. Aunque ruda, es gente honrada, animosa y fuerte. La fe cristiana está profundamente arraigada en todas las familias de la aldea.

Una de estas familias es la de los De Veuster, formada por los esposos Francisco De Veuster (1800) y Ana-Catalina Wauters (1803), y sus ocho hijos: María Ángela, Elisabeth Rosalía, Enrique Leoncio, Gerardo, Juan Paulina, Augusto, José y María Melania.

José, el séptimo, fue bautizado en la iglesia parroquial el mismo día de su nacimiento.

Todavía se conserva la casa donde nació. Han sido muy pocos los cambios que se han hecho en ella. Uno muy sustancial: hoy día es un santuario íntimo, venerado por muchos peregrinos, admiradores del mártir de Molokai. En la humilde habitación donde nació, encima de un conjunto moldeado de la muerte de San José, podemos apreciar esta leyenda:

Aquí Nació

El Padre Damián

José De Veuster

Apóstol de los leprosos

La primera escuela que frecuenta José se halla en Werchter. De los 7 a los 13 años, haga bueno o malo, llueva o nieve, José va todas las mañanas, acompañado de algún hermano y de algún compañero. Allí se inicia en el leer y escribir. Luego aprenderá lengua, historia, geografía, catecismo. Es un alumno muy aplicado... El único documento que se conserva de aquella etapa de primaria nos dice que José de Veuster es un alumno "muy inteligente".

A los 10 años hace su primera comunión en la iglesia parroquial, el domingo de ramos del año 1850.

A los 13 años lo reclama la tierra. Para su futuro de campesino, ya ha aprendido bastante. Deja, pues, los libros y cuadernos y emplea sus brazos ya vigorosos en abrir la tierra, en trazar surcos, llenándolos de semillas o plantas. Tala árboles, los repone con nuevos plantones,

lleva los animales al establo, corta hierba para las vacas, levanta sacos pesados como nadie. El padre suena, viéndole, con un digno sucesor suyo en la hacienda familiar: "trabajador e inteligente como cuatro", diría orgulloso.

1848

*Impulsado por el amor y el agradecimiento, os pido que recibáis los deseos que no ceso de dirigir al Autor de todo bien. Este año será un año próspero, no lo dudéis, si el Señor se digna escucharlos.*

*Ojalá la expresión tan pobre de mi corazón logre haceros agradable el obsequio de mis deseos”.*

(Werchter, 31 dic., a sus padres)

*Nota: Esta carta le fue dictada seguramente por su maestro o copiada de un formulario.*

1857

“Un domingo por la tarde, después de comer, alguien dijo: 'podríamos hablar en francés'. Todos estuvieron de acuerdo, pero el tío Jef se levantó y, sin decir una palabra, subió al piso de arriba. Su madre advirtió su reacción y dijo a su marido: 'Escucha, marido, debes de procurar que Jef pueda aprender también el francés; no está bien que nuestro hijo no disponga de tiempo para aprenderlo'. Y aquella misma semana, el padrino fue a Braine-le-Comte; días más tarde, Jef fue allá como alumno” (*Souvenirs de la vie de Mamère, Mère du Pere Damien. 1803-1886*).

Al principio, no le van nada bien las cosas. Su ignorancia total del francés le impiden seguir el ritmo normal del curso. Por otra parte, le cuesta aclimatarse al grupo, al ser él el único flamenco en un alumnado de chicos walones. Pero su carácter, a la vez serio y jovial, le ayudan a vencer pronto estas dificultades. Y así se lo hace saber a sus padres en sucesivas cartas llenas de sencillez y de cariño.

En Brain, aparte del aprendizaje del francés y bajo los consejos de M. Derve, su director y un buen cristiano, José fue profundizando además en su vida interior. En lugar de irse a dormir, testimonia un compañero de clase y lo corrobora M. Derve, tenía la costumbre de pasar gran parte de la noche, orando a Dios con fervor”.

*Con mucho gusto cojo la pluma para escribiros por primera vez esta breve carta.*

*Ahora, ya he conseguido acostumbrarme muy bien a este género de vida, logro entenderme algo con los walones, conozco mi trabajo, mi clase, mis compañeros y mi cama; todo está muy bien y limpio; nuestra mesa de comedor es igual a una mesa de fiesta y tenemos buena cerveza.*

*(...)Al principio he pasado vergüenza, no me atrevía a pedir nada; no tenía libros, ni plumas, ni papel, ni nada de lo que es necesario. Hace unos días pedí al Sr. Derve, nuestro Superior, algunos libros, un cepillo, unas plumas y algunos cuadernos.*

*El domingo salimos de paseo. Yo fui con un walón, hablé con él y le preguntaba sobre todo lo que veía. El lunes de Pentecostés fui con cinco flamencos a Soignies para asistir a la fiesta y la procesión fue muy bonita. Decidme cómo está mi hermana y todo lo demás.*

(25 de mayo, a sus padres)

*“No tengo más remedio, queridos padres, que escribiros esta carta por cuestión de mi ropa de vestir, pensaréis que aquí la lavan cada dos o tres semanas; pues no, la lavan cada cinco o seis. Todavía me queda una camisa buena que guardo para los domin-*

*gos y jueves. Así que os ruego me enviéis cuatro camisas, un pantalón de tela de algodón, dos servilletas, dos toallas de lavabo, dos corbatas y tres pañuelos.*

*Por favor, queridos padres, enviadme todo esto cuanto antes, pues lo necesito con urgencia. Mi segundo pantalón se me rasgó por las rodillas el día mismo que me lo puse, dadme noticias de Paulina.*

*Pedid por mí para que aprenda bien.*

(Braine-le-Comte, 3 de junio)

*"Aprovecho el poco tiempo que me queda de internado para escribiros unas letras y ante todo para deciros que os quiero.*

*Como hace dos meses que no os veo, lo primero que quiero saber es cómo andáis de salud, espero que bien, yo también.*

*Las vacaciones están al llegar y quiero hablaros algo de ello. La distribución de premios será dentro de cuatro semanas, el 15 de agosto, según nos dijo ayer el director... Me da pena que lleguen tan pronto, pues en las siete semanas que duran las vacaciones, temo se me olvide el francés que ahora sé.*

*Me gustaría quedarme aquí algunas semanas más después del reparto de premios, cosa posible si se queda algún compañero mío, pero si no, imposible. Así que espero llegar el lunes 16 de agosto".*

(Braine-le-Comte, 17 de julio a sus padres)

## 1858

Unos PP. Redentoristas dan una Misión en la iglesia parroquial de Braine-le-Comte. La palabra ardiente del predicador conmueve al joven José. "Si quieres ganar la vida eterna, deja a tu padre y a tu madre. Abandona los bienes de la tierra y sígueme". José entendió que Dios lo llamaba, y, como el pequeño Samuel, contestó: "Aquí me tienes, Señor". Y, a partir de este día, José no desaprovechará ocasión para hacerles saber a sus padres su decisión.

El 21 de junio, Paulina, su hermana más querida, hace sus votos en el convento de las MM. Ursulinas de Uden. Y, a poco, el 17 de julio, José escribe a sus padres; entre otras cosas, les dice: "Qué dicha la suya -la de Paulina-. Ella ha tenido la feliz suerte de haber realizado el quehacer más arriesgado que se puede emprender en la tierra. Espero que me llegará el turno de escoger el camino por el que yo debo ir ¿Podré seguir el ejemplo de mi hermano Pánfilo?". Y por la Navidad, escribe de nuevo a sus padres, acentuando más su deseo: "Dios me llama y tengo que obedecerle; en el caso de que os opusieseis a que siguiese la voluntad de Dios en la elección de un estado de vida, sería por vuestra parte un ingratitude y tendrías que ateneros a sus consecuencias".

Los padres acceden a los deseos de José. Poco después, su mismo padre lo lleva a Lovaina, y, el mismo día, es admitido en la Comunidad religiosa de los SS.CC. junto a su hermano Pánfilo. José contaba entonces 19 años.

*No podría por menos de escribiros en este bello día de Navidad, día en el que me he confirmado que el deseo del buen Dios es que deje el mundo para entrar en la vida religiosa. Os ruego, queridos padres, que me deis vuestro consentimiento, pues sin él no osaría comprometerme a tal estado, ya que el buen Dios nos manda obedecer a*

*los padres, tanto en la adolescencia como en la niñez. Vosotros no me lo negaréis, pues es Dios quien me llama y tengo que obedecerle; en el caso de que os opusieseis a que siguiese la voluntad de Dios en la elección de un estado de vida, sería por vuestra parte una ingratitud y tendríais que ateneros a sus consecuencias.*

*Por lo que respecta a mí, correría el peligro de perder la vocación a la que me he sentido llamado desde mi niñez y a perderme para siempre.*

*Vosotros sabéis, queridos padres, que todos debemos escoger aquel estado para el que el buen Dios nos ha predestinado a fin de alcanzar un día la felicidad eterna; esta es la razón por la que no debéis entristeceros por mi vocación.*

*Augusto (Pánfilo) me ha escrito, diciéndome que seré recibido como hermano de coro y que debo presentarme cuanto antes, para comienzos de año, a su Superior, e iniciar el noviciado bajo su dirección".*

(Braine-le-Conte, diciembre de 1858, a sus padres)

## 1859

El 12 de febrero, José toma el hábito y da comienzo a su Noviciado, cambiando su nombre de bautismo por el de Damián. En principio, lo destinaron como Hermano de Coro, pues no tenía noción alguna de latín. Esta clase de Hermanos de Coro, suprimida en 1903, estaba formada por un número de Hermanos profesos a los que, por cierta instrucción que poseían, se les permitía trabajar en tareas educativas y en el cuidado de las capillas de las comunidades.

En principio, Damián se resignó; pero, en sus conversaciones con su hermano Pánfilo, le expresó sus deseos de iniciarse en el conocimiento del latín. Empezaron las clases. Pasados, seis meses, le informa a su Superior de sus adelantos. Este comprueba con gran sorpresa cómo el joven novicio, y en tan breve tiempo, puede traducir con cierta facilidad cualquier pasaje de Cornelio Nepote. Por lo que, de acuerdo con su Consejo, concede a Damián el integrarse en la clase de novicios estudiantes para el sacerdocio.

Ya de novicio, manifestó una gran devoción por la adoración al Santísimo Sacramento. Todos los días, y a la misma hora, acudía a la capilla para postrarse en oración ante una imagen de San Francisco Javier, al que consideraba como el más grande de los misioneros.

## 1860

El 7 de octubre, Damián hace su Profesión religiosa en la Casa Madre de Picpus en París. Postrado en el suelo y cubierto con el manto mortuario, muere al mundo y a sus criterios, para vivir una vida nueva "con Cristo en Dios".

Ya profeso, permanece durante un año en la Casa Madre de París a fin de iniciar los estudios de Filosofía y continuar los de latín y griego.

Monseñor Tepano Jaussen, ss.cc., Vicario Apostólico de Tahiti, un gran misionero, les hace una visita, contándoles relatos apasionantes sobre la vida y necesidades de los canacas. Desde ese momento, la idea de ir un día a Misiones lejanas invade todo su ser. De buen grado se iría con el Obispo como colaborador. "¿No os agradecería, si lo hiciese?", escribe a sus padres.



## 1861

El 25 de septiembre, vuelve a su convento de Lovaina para seguir en la Universidad los cursos de Teología, Uno de los recuerdos más hermosos que conservará de su estancia en la Comunidad de Lovaina será la ordenación sacerdotal de su hermano Pánfilo.

## 1863

El deseo que siempre aumentó dentro de sí el padre Pánfilo, de ir un día a las Misiones de la Polinesia, está a punto de cumplirse. Recibe obediencia de embarcarse a finales del mes de octubre, rumbo a las islas Sandwich. Pero, al fin, su deseo no podrá realizarse, porque, habiéndose dedicado durante varias semanas a asistir a los moribundos víctimas de una peste de tifus, él mismo cayó enfermo de esa fiebre maligna, a primeros de octubre.

Definitivamente, él no formaría parte del grupo de Hermanos y de Hermanas que, a fin de mes, embarcaría rumbo a Oceanía. "¿Te gustaría que fuese yo en tu lugar?", propuso Damián a su hermano. "Sí". E inmediatamente, Damián tomó papel y pluma para escribir al P. Superior General, pidiéndole le permitiese ir en lugar de su hermano. Al enterarse el Superior de Damián, el P. Wenceslao, exclamó: "¡Debes de estar loco! Pero, ¿cómo vas a marcharte antes de ser ordenado de sacerdote?". Damián tan sólo había recibido las Ordenes menores.

Pero el P. General, Eutimio Rouchouze, le contesta accediendo a su petición y aconsejándole que se despida de sus padres y familiares, y que después vaya a París para unirse al resto de los misioneros, para hacer junto a ellos unos días de Ejercicios Espirituales.

El tiempo corre. Damián se dirige a Tremeloo para despedirse de los suyos. Nos figuramos las horas de emoción, de tristeza, y las lágrimas que embargaron a los padres, a los hermanos y al mismo Damián. ¿No pensaría éste que ya no volvería a ver vivos a sus padres? Lo que sí sabemos es que Damián quiso tener con su madre la delicadeza de despedirse de ella a los pies de la Virgen de Monteagudo, cuya imagen era venerada por numerosos peregrinos desde el S. XVI. Volvamos a figurarnos el diálogo de madre e hijo con la Virgen y de los dos entre sí. Sin duda que nos quedaremos muy lejos de lo que en realidad fue aquel momento.

Una diligencia lleva a Damián de nuevo a Lovaina. De Lovaina parte hacia Paris para el retiro de despedida. Y es el mismo P. General, Eutimio Rouchouze, quien les dirige los Ejercicios.

Este es el último adiós que Damián dirige a los que más ama en este mundo: "El sacrificio es grande para un corazón que ama intensamente a sus padres, hermanos, parientes y al país que lo vio nacer. Pero la voz que nos ha invitado y que nos ha pedido la ofrenda de cuanto tenemos es la voz de Dios... Jesucristo está de modo especial con los misioneros: El dirige sus pasos, los guarda en los peligros... Queridos padres, no os inquietéis por nuestra suerte, pues estamos en las manos del Buen Dios, que todo lo puede y que nos toma bajo su protección". (Port de Breme, 30 de octubre).

El jueves 29 de octubre, a las 9 de la mañana, toman el rápido que los llevará a Alemania, concretamente a Bremen, en cuyo puerto embarcarán al día siguiente...

Antes se saca una fotografía, que nos recuerda la postura, el gesto y la mirada de San Francisco Javier. Es la primera fotografía que conservamos de Damián. Se la envía a sus padres en reconocimiento del gran amor que han tenido hacia él.

El velero en que viajarán los seis religiosos y las diez religiosas de los ss.cc. es el "R.W.Wood", de pabellón hawaiano. El jefe de expedición es el P. Cristián Willensen, un joven religioso sacerdote de 25 años y compañeros de profesión de Damián.

Por el diario del P. Cristián sabemos de las peripecias del viaje. Hubo de todo: días de mar alborotado y días de mar en calma.

El 22 de diciembre alcanzaron el Ecuador. La víspera de la Navidad, las dos comunidades cantaron juntas las Vísperas de la festividad. A las siete de la mañana del día 25, rezaron juntas las oraciones de la mañana. A continuación, tuvieron la celebración de la Eucaristía.

## 1864

La víspera de la festividad de la Epifanía, fiesta de los misioneros, se levantó un fuerte viento que ba-lanceó a su gusto el velero. Temieron no poder celebrar la Eucaristía al día siguiente, pero súbitamente la mar recobró la calma.

El 21 de enero pasaron cerca de el Cabo de Hornos. Y tuvieron un recuerdo por todos los religiosos y religiosas de los ss.cc. -25 en total- que, unos veinte años antes, murieron ahogados en la mar, al naufragar el velero en el que iban, el "Marie-Joseph".

Era la noche del 17 al 18 de marzo, cuando pudieron distinguir las cumbres oscuras de la gran isla de Hawai. Al amanecer divisan la isla de Maui. De aquí, el velero se enfila buscando la isla de Ohau, en cuya capital, Honolulu, darán por finalizada la larga travesía.

"Me sería imposible expresaros -escribe a los suyos- la dicha inmensa del misionero, al ver después de cinco meses de navegación, su nueva patria, que deberá regar con su sudor a fin de ganar estas almas para Dios".

El día de San José, 19 de marzo de 1864, entre las 9 y 10 de la mañana, nuestros misioneros llegan por fin a su destino.

### **Archipiélago de las Islas Sandwich**

Es un grupo de islas, el más alejado de toda la Polinesia y el punto extremo de Oceanía al N.E. La más nombrada de las islas son: Hawai, la más grande de todas, Maui, Ohau, Kauai, Molokai y Lanai.

Montañosas y rocosas, sus cimas son estériles, no así los valles y las costas. Gracias al calor constante del clima, atemperado por las frecuentes lluvias y la brisa del norte, el país disfruta de una eterna primavera. Sus ocho islas son como cinco ramilletes de verdor en medio del más grande de los océanos. Abundan las palmeras gigantes, el laurel rosa, los helechos y plantas trepadoras de toda variedad de hojas y de flores.

El kanaka, así se llama el habitante de las islas, tiene unos grandes y brillantes ojos, dando luz a sus bronceada figura. Es calmoso e inclinado a la indolencia.

Los kanakas son idólatras. Sus divinidades terribles son: Pelé, diosa de los volcanes y Maui, dios del fuego, a los que ofrecen -hablamos en tiempos antiguos- sacrificios, incluso humanos.

Son sensibles a la belleza, a lo grande y justo, a la delicadeza y a la ternura.

Estas islas fueron descubiertas, en el S. XVI, por los españoles. El explorador inglés Cook les dio el nombre de Sandwich, en recuerdo del ministro inglés del mismo nombre.

Kamehamea fue el que dio unidad al archipiélago y su primer rey. Con ayuda de Wancouver y de dos marinos ingleses, hizo desaparecer de sus estados las antiguas costumbres e ideas religiosas e introdujo los elementos de la civilización europea.

En 1819, apareció por vez primera el catolicismo, aunque sólo se trató de una experiencia insignificante. Ocho meses más tarde, llegaron dos sectas protestantes, los Congregacionistas y los Presbiterianos. Rigoristas y puritanos, no tuvieron eco, más bien rechazo, en la manera de ser

libre y alegre de los kanakas. En 1827, enviados por el Fundador de la Congregación de los ss.cc., padre José María Coudrin, llegan a las islas tres padres, Alejo Bachelot, Armando y Patricio Short y tres hermanos Catequistas.

Lo primero que hacen los recién llegados misioneros es ir a la Catedral para dar gracias por el viaje y por el feliz arribo. El padre Cristián celebra la Eucaristía y entona un emocionado Te Deum de acción de gracias. Luego son presentados a Monseñor Maigret, ss.cc., Vicario Apostólico de las islas Sandwich, y al P. Modesto, Superior Provincial.

En Honolulu, Damián dedica el tiempo a estudiar la lengua kanaka y a terminar sus estudios teológicos. A los ocho días de su llegada, el Sábado Santo, 26 de marzo, recibe el subdiaconado, y, al mes siguiente, el diaconado. El 21 de mayo, octava de Pentecostés, es ordenado de sacerdote, celebrando su primera misa en la catedral de Honolulu.

Ya sacerdote, es destinado junto con el padre Clemente Evrard para la isla de Hawai.

Embarcan con monseñor Maigret. Y hacen escala en la isla de Maui, en Lahaina, donde se encuentran con los padres Auber, Gregorio y Leonor, que está al servicio de la isla.

Un fuego, que se declaró cerca de la sala de máquinas del barco, hace que demoren la salida. Monseñor estaba impaciente, pues tenía que estar en Hawai el día de San Pedro y San Pablo para bendecir una capilla. Entretanto, Damián no perdía el tiempo: estudiaba el kanaka y logró que el padre Clemente le permitiese ir a visitar a una comunidad de cristianos que se encontraba a seis leguas. Era domingo. Confesó durante un tiempo, celebró la misa y predicó por vez primera en kanaka, y realizó su primer bautismo, el de un varón al que impuso el nombre de kamianos Paikaka. De vuelta a Lahaina, se lleva la sorpresa de que monseñor y el padre Clemente se han marchado en barco a Hawai el domingo por la tarde. El lo hará tres semanas más tarde, ocho días después de la festividad de San Pedro y San Pablo. Pero, al llegar a la isla, monseñor y el padre Clemente ya no están. Se han ido al extremo opuesto de su distrito.

Acompañado del Superior local, atraviesan un lugar desértico y llegan a Kohala, donde va destinado el padre Clemente. Luego sigue él solo, a pie o a caballo, hasta dar con monseñor, el padre Clemente y otros dos religiosos, cuyos puestos de misión se hallan junto al suyo. Otra vez en marcha; esta vez acompañado de monseñor hasta su primer lugar de misión, Puna. "Tienes ante ti -le dice monseñor Maigret- un terreno casi inexplorado, pues desde hace siete años no ha vivido aquí ningún sacerdote de modo permanente. Te espera una labor muy dura".

Hawai es la isla más grande del archipiélago. 10.458 Kms<sup>2</sup> de extensión. Ciento cincuenta leguas de litoral. Tres enormes montañas: Mauna Kea (4.207 m.), Mauna Loa (4.106 m.), y Hualalai (2.522 m.). Dos volcanes activos: el Kilauea y el Mauna Loa. La naturaleza es paradisíaca, aunque gran parte del suelo es de origen volcánico.

Lo primero que hace Damián es tratar de conocer todo su distrito, visitando las aldeas para conocer a sus feligreses. Faltan capillas. Las antiguas están arruinadas. Y en cuanto sus Superiores le envían medios para procurarse materiales, levanta cuatro modestos barracones, de momento suficientes para sus neófitos de Puna.

Fruto de su primera salida misionera son los 24 primeros bautizos de kanakas, además de otros que han empezado la preparación para poder recibirlo. De vez en cuando, se va hacia la zona próxima donde trabaja el padre Carlos, con el que pasa largas horas de agradable charla.

*Mis queridos padres:*

*(...) El 6 de marzo avistamos las islas Sandwich a las que venimos para civilizarlas. Me es imposible expresar el gozo, la alegría del corazón de un misionero al contemplar las costas de su nueva tierra que ha de regar con sus sudores, para ganar para el buen Dios a estas buenas gentes sin civilizar".*

(Honolulu, 22 de marzo)

*"Querido hermano, te suplico, tanto por mí como por mis pobres ovejas, que reces y hagas rezar por nosotros, para que el divino Salvador se digne en nuestros corazones aquel fuego que vino a traer a la tierra"*

(Hawai, Sandwich, Distrito de Puna, 23 de agosto)

*"El 21 de mayo, el Señor me ha concedido acceder a la gran dignidad del sacerdocio... Queridos padres, ya soy sacerdote, ya soy misionero... ¡Qué grandes son mis obligaciones como sacerdote! ¡Qué grande mi celo como misionero!... No olvidéis a este pobre sacerdote, que camino día y noche sobre los volcanes de Sandwich a la búsqueda de las ovejas perdidas. Os pido, queridos padres, que recéis continuamente por mí y que otros también lo hagan... Si el Señor está conmigo, nada he de temer, pues como San Pablo, todo lo podré en Aquel que me conforta".*

(Sandwich, 23 de agosto, a sus padres)

*(...) Pedid, mi querido Padre, para que el hermano Damián se entregue por entero a Dios y le sirva hasta su último suspiro. Comenzar es poco, lo difícil es llegar hasta el final. Y sólo de Dios he de esperar esta gracia"...*

(Hilo, Distrito de Puna, al P. Modesto, 23 de octubre)

## 1865

A primeros de año se encuentra también con el padre Clemente, que está en el distrito de Kohala. Esta misión, situada al N.O. de Hawai, comprendía la tercera parte de su territorio. Región montañosa, extremadamente calurosa y sin vías de comunicación, ni aún senderos. Se necesitaba un misionero con salud a toda prueba para hacerse cargo de este distrito. Y el padre Clemente no es el hombre apropiado, pues es débil de salud y el clima tan caluroso no le va bien. Damián le propone que intercambien los puestos: Damián irá a Kohala y Clemente a Puna. El obispo accede a la petición de cambio que le proponen. El día de San José -primer aniversario de su llegada a Honolulu- Damián va por primera vez a su parroquia de Kohala, que tiene una extensión de 1.500 Kms<sup>2</sup>., habitada tan sólo por 3.000 habitantes. El terreno es muy accidentado. En sus andanzas misioneras tendrá que escalar, a menudo, enormes montañas, dejando el caballo atado a un árbol hasta su vuelta. Recorrer el distrito y visitar a todos sus feligreses le supone invertir al menos seis semanas. De momento, sólo dispone de una capilla de madera y de una casa de hojas de "ohala", que comparte con el maestro.

"Hoy me ha tocado hacer la reunión en un plantación de caña de azúcar, donde trabajan unos cien obreros. Y como no hay capilla, se reúnen todos los domingos en uno de sus barracones. He nombrado a uno de ellos jefe de oración. Y el domingo que no tienen misa, se unen en espíritu a los que tienen la suerte de celebrarla".

En diciembre escribe al padre Modesto, su Superior provincial, rogándole tenga a bien enviarle recursos económicos para levantar algunas capillas en Puna y en Kohala. Su petición fue atendida. Y con las ayudas que le enviaron el obispo, el padre Modesto y la Superiora religiosa de los ss.cc., pudo ir levantando capillas de madera con la ayuda de los cristianos kanakas.

*(...) "No pienses que estamos aquí como los curas de nuestra tierra, cada uno en su parroquia. Nuestra isla tiene al menos 150 leguas de circunferencia y unos 20.000 habitantes de un lado a otro de las costas; en medio hay tres grandes montañas volcánicas, una de ellas en actividad permanente, las otras dos se actúan de tiempo en tiempo; las tres tienen una altura enorme. Son de nieve perpetua, a pesar del fuerte*

*sol que cae sobre ellas.*

Diario.

*“Domingo de la Circuncisión. Hoy he cumplido la misión de una mísera capilla hecha de paja. La puerta es de madera, lo mismo que el altar. Los cristianos dispersos se reúnen a toque de trompeta, y mi catedral se llena en un abrir y cerrar de ojos. Rezamos todos juntos en voz alta la oración de la mañana, doy la catequesis, confieso y después comienzo la misa. Les explico el Evangelio y trato de hacerles comprender el gran amor de nuestro Salvador para con nosotros... Después, todos vienen a estrecharte la mano y luego se marchan a sus cabañas.*

*Al domingo siguiente tuve que ir a misionar a una comunidad cristiana que no habían visto al sacerdote desde hacía cinco meses; pero, ¿cómo llegar hasta allí? Es el lugar más inaccesible de nuestro archipiélago... Es una pequeña aldea, cerrada por un lado por el mar y por el otro por unos altísimos peñascos... El camino es casi impracticable, a nadie se le ocurre hacer a caballo. A media legua de la iglesia..., te encuentras con una peña de 2.000 pies de altura. Las olas del mar la azotan de continuo... Y el misionero ha de pasar entre estos dos fuegos para poder visitar a sus neófitos. Llegar no me costó, lo horroroso era volver. La única solución era desafiar a las olas... Vestido ligeramente, guiado por dos buenos kanakas, hago frente a esta antigua divinidad para que me deje pasar, y logro llegar sin ningún contratiempo hasta la bahía, donde había dejado mi cabalgadura. En ésta había existido en otros tiempos una iglesia católica..., de la que no queda ni restos, a no ser un pequeño grupo de cristianos, que ha sobrevivido a las persecuciones. Como tenemos permiso de la Santa Sede para celebrar los Misterios, este domingo transfor-maré una casa kanaka para que nos sirva de iglesia.*

*Construir un altar no tiene dificultades para mí, un cofre colgado contra la pared a la altura deseada será la base del altar. Debajo se extiende una gran estera, después la piedra sagrada, y todo dispuesto. Es en estos lugares pobres y abandonados, donde el buen Dios nos concede siempre el mayor consuelo. Cantidad de gente bautizada ya hace tiempo, pero que desgraciadamente sucumbieron a la tentación o a la persecución de los herejes, vinieron a reconciliarse en el sacramento de la penitencia y trajeron a sus niños para que los bautizase.*

*También algunos adultos tuvieron la dicha de ser regenerados en el bautismo, y actualmente tengo un buen número de catecúmenos”.*

(Hawai. Distrito de Kohala, marzo)

*“Nuestros pobres isleños se sienten dichosos cuando ven llegar a Ramiano (su caballo) y a mí. Yo les quiero mucho y de buena gana daría mi vida por ellos, como nuestro divino salvador; igualmente no escatimo ningún esfuerzo para visitar a los enfermos”.*

(Hawai, Distrito de Kohala, marzo, a sus padres)

## 1866

Es dura la tarea misionera. No es todo, ni lo más difícil, bautizar, confesar y decir misa. Lo costoso es adaptarse a la mentalidad grosera y primitiva de aquellas gentes que acuden al hechicero y ofrecen sacrificios a sus antiguos ídolos. Con mucha paciencia y sencillez, les anima a la virtud y a la piedad, a abandonar las supersticiones paganas y a abrirse a la fuerza salvadora del evangelio.

La educación de la juventud es uno de sus objetivos prioritarios, pues desde niños ya han conocido el vicio, y su educación, a falta de escuelas católicas, ha sido deficiente.

*Mi querido hermano, si tú no puedes venir, procura prepararnos gente joven, robusta, de buen corazón, caritativa e intrépida, que, a su vez, continúen la obra de salvación de las almas por estas tierras, pues si ahora no somos suficientes nosotros para cubrir las necesidades, ¿qué será cuando el Señor llame algunos de nosotros a la otra vida?".*

(Hawai, Distrito de Kohala, 22 de diciembre, a su hermano Pánfilo)

## 1868

Una terrible erupción volcánica sacude la isla de Hawai. Las cumbres se balancean como mástiles de navío. El sol aparece y desaparece. Los árboles se desarraigan y caen unos sobre otros. Avalanchas de rocas se precipitan sobre los valles, aplastando viviendas y ocasionando muchas muertes de personas y de animales. El mar retrocede para después irrumpir violentamente sobre la costa. Todo es desolación y ruina. El 7 de abril, el volcán vomita enormes rocas y ríos de lava, llevando de nuevo la muerte y la desolación por todas partes.

Pasado el cataclismo, Damián tendrá que dedicarse a reconstruir las capillas, en parte o totalmente destruidas, y a socorrer a los pobres kanakas, a quienes el desastre los ha sumergido en la más absoluta miseria.

Monseñor Maignret envía al padre Gulstan Ropert, ss.cc. para ayudar al padre Damián. Es un joven bretón que se repartirá el trabajo con Damián. Cada uno se empleará donde las necesidades sean más urgentes. Una vez al mes, se encontrarán para confraternizar y cambiar impresiones sobre sus trabajos.

*En cuanto lleguen los nuevos misioneros, procure a bogar, si le parece, en favor del solitario sacerdote de Kohala... El reverendo padre Gulstan sería el hombre apropiado para Hamakua. Sin embargo, como si no hubiese dicho nada. Es cosa que a usted y a Luis, el obispo corresponde decidir. Si me envía un ayudante, pues muy bien; si me deja solo, pues muy bien también. Non recuso laborem. No me asusta el trabajo. Cuando más expuesto y abandonado quede a mí mismo, más derecho tengo a contar con la ayuda del buen Dios".*

(Hawai, Distrito de Kohala, Vaipio, 28 de enero >

## 1869

*Preparar jóvenes para la vida apostólica es una misión muy noble, mis reverendos Padres, pues según los forméis durante su noviciado, así servirán en la misión. Lo sé*

*por propia experiencia, y muchas veces me he felicitado de haber pasado por el noviciado de Lovaina.”.*

(Hawai, Distrito de Kohala, a los Padres de Lovaina, 11 de enero)

*“La lepra esta adueñándose de esta tierra... Muchos afectados por la enfermedad se ocultan. No mueren, pero jamás se curarán. Es peligrosa, pues se contagia de uno a otro”.*

(Hawai, Distrito de Kohala, enero, a sus padres)

## **1870**

*Ahora tengo al padre Gulstan a una jornada de camino... Ambos tenemos el consuelo de vernos todos los meses para confesarnos y consolarnos mutuamente. Y aunque el misionero sienta de una manera especialísima la presencia de Dios, el corazón necesita además de la ayuda exterior de un hermano para ahuyentar los pensamientos oscuros que engendra el contacto diario con el mundo corrompido. Así, en esos días que estamos juntos, nuestros pulmones se ensanchan con una gran dosis de alegría. Después de estos encuentros nos sentimos más fuertes para emprende nuevo nuestra tarea”.*

(Hawai, Distrito de Kohala, 22 de septiembre, al padre Pánfilo)

## **1872**

*Me ocupo de instruir lo mejor que puedo a mis cristianos, de manera especial a los responsables que durante mi ausencia se encargan de la predicación y de organizar las reuniones dominicales. La visita a los enfermos es la tarea que más me ocupa todos los días... De ordinario, tengo más dificultades que satisfacciones. Y únicamente por el favor de Dios se me hace ligera la carga. Cuando alguna vez enfermo, me alegro de que mi final está próximo. Estoy completamente resignado y contento con mi suerte, pues en la vida o en La muerte seremos siempre de Jesús”.*

(Hawai, Distrito de Kohala, 14 de julio, a su hermana Paulina)

## **1873**

Damián y Gulstan se dirigen a Wailuku, en la isla de Maui, para asistir a la consagración de una iglesia. Después del acto religioso, los ocho Padres de los ss.cc., que han asistido a la consagración, se dirigen a la casa parroquial. Allí, monseñor Maignret les habla de un terrible mal que se está extendiendo por las islas: la lepra. Ya en 1865, el Gobierno estableció en la capital, Honolulu, un centro hospitalario para el examen de las personas que presentasen indicios de lepra. Al mismo tiempo, organizó en la isla de Molokai un centro de internamiento para los enfermos graves. Ningún leproso quería separarse de los suyos. Lo que decidió al Comité de Higiene a organizar una auténtica caza de enfermos, a los que, una vez descubiertos, se les embarcaba a la fuerza, rumbo a Molokai.

## La lepra

Los primeros síntomas se manifiestan en unas manchas pálidas o coloreadas en la piel y en la insensibilidad de las partes afectadas. Sobre estas manchas, aparecen pequeñas nudosidades, que van aumentando hasta alcanzar el tamaño de un garbanzo y hasta el de una nuez. Donde más se forman estos tubérculos es en el rostro por lo que el aspecto del enfermo es verdaderamente horrible. Los párpados se descuelgan, la nariz y el mentón se deforman, las manos se transforman en garras. Este primer estadio de la enfermedad puede durar varios años. El enfermo no padece grandes dolores. Pero más adelante, los granos revientan, dejando llagas abiertas, purulentas y fétidas. Si no se cuidan y limpian, llegan a convertirse en auténticas gusaneras. Los ojos, ulcerados, pierden la visión. Se caen las falanges de los dedos, y hasta las manos o los pies. La boca y los cartílagos de la nariz se destruyen. En la última etapa de la enfermedad, cuando la ulceración penetra en el interior, el enfermo sufre intensamente, sobre todo de asfixia, alteraciones graves en los órganos internos y desórdenes funcionales, que le hacen morir lentamente.

Monseñor Maignet no puede ocultar la angustia que le embarga por la suerte de los leprosos. Necesitan de la presencia de un sacerdote que les asista y les proporcione consuelo y ayuda espiritual.

Aunque el Gobierno cuida de su mantenimiento, en todo lo demás son abandonados a su suerte. El hermano Bertrand, el año anterior, había construido una capilla en Molokai. El padre Aubert quiso establecerse allí, pero el obispo no se lo permitió.

Días antes de ir monseñor a la isla de Wailuku para la consagración de la capilla, leyó en el diario "Nuhou" unas líneas que le impresionaron profundamente. "Si un sacerdote católico o un pastor protestante quisiera establecerse allí, sacrificando su vida para llevar consuelo a aquellos pobres miserables, podríamos hablar de un alma noble, digna de brillar a perpetuidad en un trono, erigido por el amor de los hombres". Monseñor medita estas palabras y trata de encontrar una solución razonable. "No quiero forzar a nadie, dice a los religiosos que están reunidos con él, porque sería demasiado cruel, y tampoco quiero apelar al voto de obediencia. Además, tampoco es preciso que uno de vosotros vaya allí par quedarse fijo. Podríamos organizar un sistema de relevo, de modo que os podáis reemplazar cada dos o tres semanas".

Cuatro religiosos, los padres Gulstan, Bonifacio, Ruperto y Damián, manifiestan su disponibilidad para ir a Molokai. Ahora será el obispo quien deba elegir a uno de ellos.

"Cuando dejé Kohala para ir a la bendición de la iglesia, en el momento de subirme al caballo – escribo al padre General en el mes de agosto-, sentí una voz interior de que ya no volvería a ver a mis cristianos, ni mis cuatro bellas capillas. Y lloré al echar una última mirada sobre la comunidad cristiana de Kohala".

Y así sucedieron las cosas. Por casualidad, el barco en que retornaba monseñor a Honolulu tenía que hacer escala en Molokai para descargar un rebaño de bueyes y 50 leprosos. Damián solicitó permiso para visitar Molokai. Durante la travesía, monseñor conversa con Damián sobre la administración de la isla. El Comité de Higiene de Honolulu ha confiado a un protestante alemán, M. Meyer, la responsabilidad del centro. Vive en Molokai, aunque apartado de la leprosería. Hay además un superintendente agregado, Kahoohuli, leproso, que es asistido por hombres sanos, maridos de mujeres leprosas.

Cuando el barco atraca en Kalaupapa y desembarca en tierra, monseñor y Damián son recibidos por un gran número de cristianos, que llevan el rosario al cuello, y por otros muchos enfermos.

De Kalaupapa, acompaña al obispo de Kalawao, a una hora de distancia, donde viven la mayoría de los leprosos y donde el hermano Bertrand construyera una capilla. Monseñor presenta a los leprosos al padre Damián.

"No he decidido todavía nada, le ha dicho el padre Provincial. Puede quedarse en Molokai, según su deseo, hasta nueva orden. Sea prudente, no vaya a contagiarse de esta terrible enfermedad".

Damián contaba entonces treinta y tres años. Su primera noche la pasará bajo un "puhala" o



"pándano", árbol exótico de aquellas islas. Al despuntar el día, se dirige a la capilla con todo su equipaje: su breviario y un crucifijo. Después visita las cabañas de los 600 leprosos. Son cabañas hechas de hierbas con tan sólo el hueco de la puerta por donde entra el aire y la luz. El lecho es pobre: una camada de paja o una estera sobre la tierra.

Molokai es un poblado sin leyes. Los enfermos viven como animales, sin trabas, ni respetos, ni escrúpulos. La única esperanza que alimentan es la de la muerte. Sólo una cosa les hace olvidar su miseria: la bebida, un licor obtenido por la fermentación de unas raíces de unas plantas llamadas "ki" o "piti".

A veces, Damián contempla escenas en las que hombres y mujeres, borrachos y completamente desnudos, ejecutan danzas salvajes en honor de la diosa Laka. El se encara con ellos y les reprocha su bajeza. Luego va ante los funcionarios públicos para exponerles sus quejas; pero éstos se desentenden y se encogen de hombros. En adelante, él mismo se encargará de mantener el orden. Cuando suena el "uli-uli", el instrumento de las danzas paganas, allí que se va, dispersando a los borrachos y rompiendo todos los jarros del líquido embriagador. Un pequeño núcleo de leprosos se declara su enemigo, aunque la mayor parte está de su parte, y le piden que se quede con ellos.

Los leprosos son cadáveres ambulantes. Sus cuerpos están cubiertos de llagas. Pero no menos deplorable es su estado moral. Los leprosos o leprosas, separados de sus mujeres o maridos, viven promiscuamente, sin distinción de sexo. Las mujeres se prostituyen por cualquier favor. Los niños son empleados y tratados como esclavos.

Raro es el día en el que no fallezca alguno de ellos. Los muertos son envueltos en una manta y sepultados cerca de la iglesia, en posición sentada, en un pozo redondo poco profundo.

¿Esperará Damián el relevo o se determinará a que-darse para siempre entre los leprosos? Monseñor Maigret y el padre Modesto no saben qué resolución tomar.

## 1874

*Os envío estas letras por La goleta Waniki para haceros saber que en lo sucesivo debería haber allí un sacerdote de modo permanente. Los enfermos llegan en naves hasta el tope. Y, en consecuencia, hay moribundos. Yo duermo bajo un Puhala (pándano), esperando la madera para hacer una casa según lo juzguéis conveniente".*

(Molokai, Kalawao, 12 de mayo, al padre Modesto)

*"Hay trabajo para ocupar a un sacerdote de La mañana a la noche. Ya he hecho la lista de Los cristianos enfermos, de los catecúmenos -una veintena- y de los cristianos no enfermos. Espero que la iglesia se nos va a quedar pronto pequeña. Ayer misa mayor, el canto magnífico, muchas comuniones y, en cuanto Llegué, confesiones en masa. Según me han dicho, en uno de los Ka-navi -valles-, a unas millas de distancia por mar, habitan numerosos cristianos. El lugar se llama Pelekuna. Lo habitan, según noticias, unos 300 kanakas. El viernes después de la Ascensión iré allí para pasar el domingo. Rezad y haced rezar para que la semilla del cielo caiga bien en este país".*

(Molokai, Kalawao, 12 de mayo, al padre Modesto)

*"Además de la misa, los domingos por la tarde nos reunimos con los imposibilitados. En Kalawao mismo se llenan las cuatro o cinco casas, teniendo algunos que quedarse fuera. Estas reuniones las dirigen mis ayudantes.*

*En cuanto a mí, después de la misa y los bautismos, como y me voy rápido a Kalau-papa, donde hay tres clases de reuniones: una para los cristianos adultos no enfermos, otra para los adultos enfermos de los alrededores del puerto y una tercera en*

*la punta más metida en el mar, donde hay unos 30 cristianos. Todavía no he tenido tiempo para salir de la leprosería. La visita semanal a los enfermos me ocupa cuatro o cinco días de la mañana a la noche. La semana que viene espero visitar de nuevo toda la isla, si es que se me baja la hinchazón del pie causada por una pequeña herida”.*

(Molokai, Kalawao, 28 de julio, a monsenor Maignet)

*“Aquí me tiene, mi reverendísimo padre, en medio de mis queridos leprosos. Su aspecto es horroroso, pero tienen un alma rescatada por la adorable sangre de nuestro divino Redentor. Él también, en su divina caridad, consuela a los leprosos. Si yo no puedo curarles como Él, al menos puedo consolarlos y, por el ministerio que en su bondad me confió, espero que muchos de ellos, purificados de la lepra del alma, irán ante su presencia, en condiciones de entrar en la asamblea de Los bienaventurados.*

*En contra de lo que ordena la Regla, estoy totalmente solo en la isla. Para confesarme tengo que ir a Honolulu, cosa no muy agradable para un inexperto marino como yo: el mal marino me debilita notablemente. Por otra parte no doy abasto a tanta necesidad, se necesita con urgencia otro sacerdote”.*

(Molokai, leprosería Sandwich, agosto, al padre General Marcelino Bousquet)

*“Hace algunos meses que el ministro del Interior me prohibió salir de los Límites del asilo donde están secuestrados los leprosos. Era un prisionero de estado. Hoy, un despacho del consulado francés me notifica mi libertad. Además de dedicarme por entero al cuidado de nuestros queridos enfermos, podré trabajar en la conversión de toda la isla, en la que no ha habido jamás un sacerdote fijo”.*

(Molokai, hospital de leprosos, 25 de noviembre, al padre Pánfilo)

Pero ya, el nombre de Damián corre de boca en boca y la prensa hace continuos elogios de él. Un pastor protestante, cuyas palabras se citan en "Misiones Católicas", escribe esto: "Tenemos que destacar un hecho más elocuente que mil discursos. Me refiero a un hombre, a un hermano, que, por propia voluntad, ha ido a trabajar entre los pobres leprosos de Molokai. He aquí el verdadero espíritu de Cristo. Una forma de amar, inexplicable para la razón humana. Un Javier que se adentra en los rincones más apartados de la miseria humana para lavar las llagas más repugnantes. He aquí el héroe que se arroja al abismo para salvar a su pueblo. Es un auténtico salvador que entrega la vida por sus prójimos y cuyo gesto caritativo supera a cualquier otro”.

Damián se entrega en cuerpo y alma para aliviar los sufrimientos de los leprosos y procurarles una existencia lo más feliz posible. Siempre está dispuesto para realizar con vigor cualquier quehacer urgente y útil. No hay nada, incluidas las empresas que se hacen por iniciativa del Gobierno, en lo que Damián no intervenga de una manera o de otra. Damián es el alma de todo.

Se preocupa de que los leprosos coman bien, pues su enfermedad así lo exige. Aparte de los alimentos que el Gobierno envía periódicamente, procura abundantes reservas, gracias a las ayudas de la Misión católica y a los envíos y donativos que le llegan de todas partes.

Asimismo, trata de obtener, tanto del Gobierno como de otras fuentes, vestidos, y mantas, sobre todo para los tiempos de las borrascas de lluvia y de las húmedas ráfagas de viento.

Construye casitas para los leprosos. Golpea con fuerza y habilidad el hacha, maneja la escuadra, la sierra y la garlopa. Trabaja la tierra, siembra batatas, verduras, maíz. Fabrica ataúdes, cava sepulturas, levanta capillas, escuelas, hospitales... organiza fiestas, concursos, carreras.

Los leprosos ven cómo, día a día, la leprosería va dejando de ser aquella cárcel de antes. Las ca-

sitas blancas, rodeadas de flores, las idas y venidas a caballo de los menos enfermos, la participación en los trabajos de gran parte de ellos, dan la impresión de una vida social normal.

Pero lo más sagrado para Damián, el trabajo en el que pone más alma, es la visita a los leprosos. Semanalmente va a las casas de los enfermos impedidos. En los casos urgentes, deja toda ocupación, para acudir a su lado para lavarles, curarles o barrerles la casa. Y siempre, sonriendo. "Damián curaba las heridas, decía un visitante, como si manejase flores". Si era la hora de la comida, nunca rehusaba sentarse a la mesa y tomar el "poi" en la misma calabaza común o fumar la pipa que pasaba de boca en boca.

Los pequeños eran la niña de sus ojos. Gracias a las ayudas de la Misión, construye para ellos un asilo, servido por leprosos todavía hábiles, que se encargan de las comidas, el lavado, la limpieza, la vigilancia y otros menesteres.

Junto a las mejoras materiales, Damián trata también de atender a los leprosos en sus necesidades espirituales. La bondad de su corazón, su dedicación gratuita y generosa, ha dispuesto a los enfermos para recibir el mensaje de esperanza del evangelio.

Habitualmente, Damián reside en Kalawao, donde se encuentra el centro de la Misión, pero su jurisdicción abarca toda la isla de Molokai. Por ello, tendrá que moverse de aquí para allá, visitando los distintos grupos cristianos que habitan en el llano o arriba en el "pali". Damián predica, catequiza, bautiza, confiesa, celebra la Eucaristía, visita a los enfermos, llevándoles los auxilios y el consuelo espiritual. Aumenta el número de conversiones, y los bautizos se contabilizan todos los años por centenares.

## 1876

*Tengo la dicha de ir sembrando entre lágrimas la semilla divina entre mis pobres enfermos. Miserias, tanto morales como físicas, que parten el corazón, me envuelven de la mañana a la noche. Pero procuro mostrarme siempre contento, para poder levantar el ánimo de mis enfermos. Les hago ver la muerte como el final de la miseria, si se convierten de corazón. De hecho muchos de ellos ven llegar a su último momento con resignación y, a veces, hasta con alegría. A lo largo de este año he tenido el consuelo de ver morir a un ciento de ellos muy bien dispuestos".*

(Molokai, Hospital, 17 de diciembre, al padre General Marcelino Bousquet)

La capilla de Santa Filomena se ha quedado pequeña. Hay que ampliarla, pues muchos enfermos se ven obligados a seguir la misa desde el exterior, aparte que el hedor que sale de las llagas de los leprosos hace insoportable el ambiente. Otras seis capillas, distribuidas por la isla, facilitarán en adelante las reuniones y celebraciones de los cristianos.

Damián cuida la dignidad de la liturgia, el adorno de la capilla, la preparación de los monaguillos, la afinación del coro, el esplendor de las fiestas, la belleza austera e impresionante de los funerales...

De los trece años que Damián estuvo en la isla, solamente cinco contó con compañeros sacerdotes que le ayudasen en su labor misionera. Contó, eso sí, con catequistas leprosos, a los que el mismo preparo.

Un día, la goleta "Warwick" le trajo un cargamento de madera para construir una casa. También, una campana para la capilla.

El número de leprosos ha crecido hasta 720. Felizmente le envían a M. Williensen, también leproso, que ha sido asistente del médico del hospital de leprosos de Kahill, cerca de Honolulu.

La urgente necesidad de alimentos y de ropa le hacen ir a la capital del reino, donde se le acoge

muy bien, incluso por lo no católicos. Vuelve pronto a Molokai, llevando abundantes y generosas ayudas. Y todos, sean o no católicos, reciben su parte según lo necesiten.

La obra misionera de Damián va dando sus frutos. Quienes se habían alejado de la fe, vuelven ahora arrepentidos. Otros, después de un tiempo de catecumenado, se bautizan. La capilla no puede acoger a todos. Muchos tienen que quedarse fuera y seguir la misa a través de las ventanas. Dentro, el hedor es insoportable. En cierta ocasión, Damián estuvo a punto de interrumpir la misa para salir a tomar el aire. Pero aguantó. Acaso la imagen de Cristo al borde del sepulcro de Lázaro le animase a continuar. Un domingo, el día del Buen Pastor, de ese mismo año, Damián se dirigió a los leprosos con estas palabras: "Nosotros, los leprosos, somos los amigos de Dios. Dios nos ama. Algún día tendremos un cuerpo nuevo...". El asombro se apoderó de los leprosos, y, mientras volvían a sus casas, comentaban: "¿Qué habrá querido decir Damián con eso de "nosotros los leprosos"?"

Damián vuelve a casa, toma una taza de café. Provisto de su pipa, recorre las chozas y visita a los leprosos más graves, que yacen impotentes sobre un lecho de paja. Al otro lado de las montañas, llamadas aquí "pali", había otro grupo de cristianos a los que asistir. Damián escala la montaña por sendas intransitables y tortuosas. Arriba, el aire es puro. Las gentes, sanas. La naturaleza, bellísima. Y allí tiene su residencia el superintendente, monseñor Meyer, hombre de ideas liberales, muy comprensivo ante las dificultades que le expone Damián y cuya influencia ante el Comité de Higiene la empleará con gusto en favor de Damián.

Con la mula que le presta Meyer, se dirige para ver primero a los trabajadores de las plantaciones de caña de azúcar y después a los pescadores de Kaunakai.

Una situación dolorosa va a agitar profundamente el ánimo de Damián. Desde los primeros meses de su estancia en Molokai, empezaron a elevarse, dentro del Comité de Higiene, duros e injustificados ataques contra el sacerdote católico. Los elogios que la prensa de Honolulu, América y Europa, hacía de Damián oscurecieron la labor de los ministros protestantes de la secta de los Puritanos. Por lo que, movidos por la envidia, influyeron ante el Comité para que éste prohibiese a Damián salir de la isla, no fuera a contagiar a otros de la lepra. El golpe que recibió Damián fue tremendo. Ya no podría esperar la visita de sus Superiores y compañeros, ni desahogar su intimidad, ni purificar su conciencia en el Sacramento del Perdón.

Finales de octubre. El barco "Kilauea" está acercándose a la isla con un cargamento de bueyes y de ovejas para los leprosos. En él viene su Provincial, el padre Modesto. Este quiere bajar a tierra, pero el capitán se lo prohíbe terminantemente. En la costa se halla Damián, que ha venido a recibir una nueva remesa de leprosos. Viendo a su Provincial, se monta en una barca y se acerca al vapor con la intención de subir a él. "Fuera, le grita el capitán, prohibido verse con nadie, sea quien sea". Damián, que deseaba confesarse, mira al padre Modesto y le grita, pidiéndole que le oiga en confesión.

De rodillas en la lancha, hace en alto su confesión general en latín. El padre Modesto, trazando la señal de la cruz y pronunciando la fórmula sacramental, le imparte la absolución y el consuelo.

*Dios sea alabado por la semilla de celo y sacrificio que ha depositado en nuestros corazones. Conservad en vosotros estos sentimientos de amor hacia los miembros sufrientes de nuestro divino Maestro: (es decir, que debemos tener una gran compasión con los enfermos y en particular con los leprosos, los miembros más sufrientes de Nuestro Señor Jesucristo. Rechazad toda vacilación, toda desconfianza, y arrojaos, como un niño pequeño, en los brazos de Jesús y de María. El demonio tratad de levantar olas más altas que las que yo vi en Cabo de Hornos, para hacer perder la vocación a un joven apóstol. Que nada os acobarde, queridos amigos, siempre que no os apartéis de Dios para irros tras las vanidades de la tierra. Ante todo, durante la tempestad, procurad conservar la paz del corazón, pues esta paz es un don especial que Dios concede a los que se entregan a su servicio. Así que no rehuséis entrar en una congregación religiosa, pues mis doce años de apostolado en la misión me han*

*enseñado que el primer deber de un misionero entre infieles es el de entregarse totalmente a una orden religiosa".*

(Molokai, Kalawao, 15 de marzo, a su sobrino Juan de Veuster y L. Peeters)

*"Hemos organizado la adoración perpetua en las dos iglesias de nuestra leprosería. Resulta muy difícil mantener regularmente los turnos por enfermedad de algunos miembros. Pero, si no pueden venir a hacer su media hora de adoración a la iglesia, edifica verles en adoración, a su hora, sobre su lecho de dolor en sus miserables cabañas. Espero que nuestros hermanos y hermanas de la Congregación tengan, aun entre los leprosos, quienes les imiten..."*

(Molokai, Kalawao, 4 de febrero, al padre General M. Bousquet)

## 1878

No hacía mucho que Damián había escrito al padre General, diciéndole: "Rece por mí y no me eche en olvido".

Semanas después, aparece a su puerta un hombre tocado con un sombrero de paja y con un pañuelo rojo alrededor del cuello. Llama a su casa y le dice que vaya rápido a auxiliar a un moribundo. No es un leproso. Es nada menos que el padre Aubert Bouillon, misionero en Maui, quien, después de haber asistido espiritualmente a un viejo marino francés, que le había llamado, se arriesgó con gran peligro a franquear el "pali" para poder visitar a su compañero Damián y decirle cómo se está trabajando en Honolulu para levantarle la prohibición de salir de la isla. El mismísimo príncipe Kolakava está muy interesado en ello, y así como el cónsul de Francia.

En efecto, el 25 de noviembre el Consulado francés le comunica que se le ha levantado la prohibición. En adelante, podrá desenvolverse con más libertad. Posteriormente, el mismo Comité de Higiene, ante el que el superintendente M. Meyer tiene marcada influencia, reconoce la gran labor y méritos de Damián, y el mismo Gobierno le hace saber su intención de nombrarle superintendente de la leprosería y de pasarle anualmente una gratificación de mil dólares, si tiene a bien aceptar el cargo.

La respuesta de Damián merece ser escrita con letras de oro: "Aunque me ofrecieseis cien mil dólares por lo que hago, no me quedaría aquí ni cinco minutos. Es únicamente por Dios y por la salvación de las almas por lo que estoy aquí. Si yo aceptase el más pequeño salario por mi trabajo, mi madre no me reconocería como hijo suyo". Únicamente aceptó desempeñar el cargo durante tres meses, hasta tanto llegase el candidato nombrado, Willer.

En adelante, el Comité cambió de postura respecto a Damián, enviándole más ayudas para los enfermos y materiales necesarios para la realización de sus proyectos de mejora de viviendas, de nuevas capillas, de escuelas, etc.

Alguien llamó a Damián el hombre de los treinta y seis oficios. Vigoroso como es, cava sepulturas, levanta capillas, escuelas, cura a los enfermos, organiza una banda de música, un coro para la capilla, etc. Lo del trabajo nunca le asustó a Damián, ni aún cuando más adelante contrajo la enfermedad. Pero sufrió, y mucho, en las relaciones con algunos de sus hermanos en religión que fueron a trabajar con él.

Hablemos un poco siquiera de algunos de estos compañeros de Damián. El padre Andrés Burgerman, destinado a la isla en 1877, es un hombre amargado, siempre descontento. Le falta espíritu religioso. Muerto Ragsdale, el superintendente, sin contar con los Superiores, se ofrece al Comité para sucederle. Se le acepta el ofrecimiento. "Sírvese preguntar a su ilustrísima, le escribe a Damián, si puedo continuar celebrando misa y confesando. En caso afirmativo, seguiré vistien-

do la sotana; si la contestación fuese negativa, lo que lamentaría mucho, no lo acataría y actuaría como un simple laico". Y, además, le pide que, de ser necesario, le ayude a conseguir la dispensa de los votos religiosos. Damián habla con monseñor Meyer sobre el asunto. Este le dice que tratará de arreglarlo. Y es por lo que Damián aceptó, sin mucho entusiasmo, aceptar el cargo por tres meses.

El padre Aubert viene a ayudarle durante un par de semanas. El padre Andrés sigue con sus lamentaciones. Ahora quiere establecerse de médico en la leprosería. Monseñor y el padre Provincial tratan de evitar que cometa cualquier estupidez. Damián coopera con los Superiores. En adelante, el padre Andrés se encargará de atender la capilla de Kalaupapa, y él subirá cada mes el "pali" para mantener contacto con los cristianos. Pero el padre Andrés no desea una sincera colaboración, pues no puede digerir el que no se le haya confiado el cargo de superintendente. Damián tiene una larga y seria conversación con él y parece que, de momento, le ha hecho entrar en razón. ¿Hasta cuándo? Los Superiores lo llamarán a Honolulu. Además, últimamente ha tenido una cierta independencia de proceder respecto a la pobreza religiosa. Ha sido una pena, pues era un buen trabajador y los leprosos lo querían.

Por las noches Damián siente los pies febriles y cansados tiene manchas amarillas en los brazos y en la espalda, en los que va perdiendo la sensibilidad. ¿Indicios de contagio?

## 1881

Después de la marcha del padre Andrés, Damián se queda solo durante 15 meses, hasta la llegada del padre Alberto Montiton, misionero en las islas Paumotus (Oceanía) a lo largo de 27 años. Un santo religioso y un bravo misionero que, después de haber desarrollado una gran labor, perdió la salud, y fue enviado a Molokai en 1881 como auxiliar de Damián.

Probablemente a causa de la enfermedad, el padre Alberto "se ha vuelto un hombre caprichoso, descontento. Quiere cambiarlo todo. Todos se quejan de él por su violencia". Así escribe de él el padre Viceprovincial al padre General. Damián no sabe nada de esta correspondencia. Él lo recibe cordialmente. Y, mientras lo lleva a conocer el lugar y el trabajo, recibe una noticia urgente: la princesa Liliuokalani, actual regente por ausencia del rey, acompañada de la princesa Likeliko, llegará dentro de tres días para informarse de la situación del lazareto.

Todos los leprosos aguardan con impaciencia a su Alteza Real. Tan pronto llega el barco, monseñor Meyer, el padre Alberto y el padre Damián, así como la autoridad civil de la isla, la reciben con entusiasmo, acompañados de los leprosos. Sesenta de éstos, uniformados con vestidos rústicos, marchan en dos filas, dando escolta de honor a la princesa. El suelo del camino está cubierto de hierba y de flores. De vez en cuando, se alzan arcos triunfales con graciosas leyendas. Una banda de jóvenes músicos leprosos, vestidos de blanco y con cintas rosas y azules, entonan una antigua melodía indígena.

La princesa recorre la leprosería, inspecciona todo, ve los cambios efectuados, habla con los enfermos, algunos de ellos viejos conocidos suyos. Comprende que sólo el amor de Dios puede suscitar en Damián un amor tan grande por los leprosos. Jamás podrá olvidar ya al sacerdote blanco. Y como muestra de agradecimiento, piensa enviarle pronto una recompensa. Con ocasión de una visita de monseñor Hermann Koeckemann, recientemente nombrado obispo coadjutor de monseñor Maigret, la reina le entrega el diploma y la condecoración de Gran Oficial de la Orden de Kalakaua para monseñor Maigret y la de Caballero Comendador de la misma Orden para Damián.

Más adelante, dirá Clifford: "A Damián no le gustaba llevar la brillante condecoración. Solía decir que su sencilla y raída sotana se sentiría humillada".

Se intercambia con el padre Alberto durante unos días para poder visitar a los cristianos de Kalawao. En su ausencia, un reducido grupo, enemigo del padre Damián, trata de ponerle mal ante el

padre Alberto, acusándole de mantener relaciones con mujeres. Aunque el padre Alberto no sospeche de Damián, prohíbe a las dos mujeres, que atienden por turno al padre en la comida y lavado de ropa, que entre en la casa de éste.

Monseñor Koeckemann le ha puesto en guardia frente al padre Alberto. Como el padre Provincial está enfermo, tendrá que recurrir a su Vicario, el padre Regis; pero como éste interpreta siempre equívocamente sus palabras, prefiere desahogarse con el propio monseñor. Este trata de convencer al padre Alberto, aunque no lo consigue. Habla con él por segunda vez, y parece que le cosa queda arreglada.

Al médico que atendía la isla, el doctor Emerson, le sustituye el doctor Fitch, un hombre de buen corazón al que Damián puede tratar como a un buen amigo, aunque sea protestante. Le habla de un gran deseo que, desde hace tiempo, viene alimentando en su interior: la conveniencia de que unas monjas vinieran a Molokai para ayudarle en el cuidado de los leprosos.

## 1883

Damián va a Honolulu después de la Navidad. Acompañado del Ministro de Asuntos Exteriores, Sr. Gibson, y del obispo Hermann, visita a la reina Kapiolani, pues el rey está ausente. La reina se ve encantada al oír la noticia de que las Hermanas de la Caridad irán pronto a cuidar a los leprosos.

El 14 de enero, Damián regresa a la isla, acompañado de 50 nuevos leprosos.

El padre Alberto Montiton le crea de nuevo dificultades. Esta vez, a propósito del reparto de unas telas. El padre Alberto impone condiciones: los leprosos que viven con concubina no recibirán nada. Damián no puede ceder. Quien las envió señaló que fuesen para los más pobres, sin ver si viven de ésta o de otra manera. No se socorre a la virtud, sino a la necesidad extrema.

Muere el padre Regis Moncany, Viceprovincial de la Misión, y es nombre el padre Leonardo Fouesnel, escaso conocedor de los hombres y pronto para juzgar y actuar con severidad.

*Mi querida mamá; mantente animosa en tu ancianidad; a medida que vayas envejeciendo, pon tu esperanza más y más en Dios y dirige todos tus deseos para conseguir un día el premio eterno. Y aunque el trabajo da felicidad, procura no afanarte demasiado por las cosas temporales, deja eso para los más jóvenes, ya has trabajado bastante en tu vida; ahora disfruta".*

(Molokai, 26 de febrero, a su madre, hermanos y parientes)

## 1884

El padre Alberto Montiton, sintiéndose enfermo, se marcha a Honolulu, sin decir nada, para ser curado. Teme haber contraído la lepra.

La reina Kapiolani visita la isla. Los leprosos le presentan sus quejas por la escasez de ropa y de alimentos y por el mal trato que les dan las enfermeras del hospital. Su Majestad les promete su ayuda.

Cada vez son más frecuentes las visitas de extranjeros al lazareto, a veces llevados sólo de la curiosidad. "Trabajo para Dios y no hago más que cualquier otro sacerdote haría en estas islas". Y en su Diario íntimo escribe: "Lo que tienes, te lo ha dado Dios. No puede realizar nada bueno sin su gracia. Por tanto, convéncete de que, después de haber trabajado duramente y haber tenido éxito, no eres más que un inútil siervo de Dios".

Los doctores Jorge Fitch y Charles Warren Stoddard, catedrático en Indiana, llegan al "pali" a caballo. Están a 1.000 m. sobre la llanura en que se encuentra la leprosería. Tras una dura ascensión llegan a Kalawao donde les recibe Damián. Juntos se dirigen a Kalaupapa para visitar al padre Alberto. Damián no les dice que el pasado mes fue declarado leproso por el doctor Arning. No quiere el sensacionalismo. El mismo ya sospechaba de su enfermedad anteriormente y había aceptado la suerte de los leproso.

El padre Alberto, ya restablecido, tendrá que abandonar la isla. El mismo se lo ha pedido al padre General, expresándole además su deseo de ir a Tahití o a las islas Gilbert, a lo que acceden tanto el padre General como el obispo. Damián lo lamenta profundamente. Echará de menos al compañero valiente y trabajador que, a lo largo de tres años, le hizo tanto servicio.

Es cierto que Damián y Alberto tenían caracteres fuertes e incompatibles, debido probablemente, a que el uno y el otro trabajaron durante muchos años solos, con criterios diferentes. A pesar de todo, tanto el normando como el flamenco, obraron con las mejores intenciones. Damián estimaba mucho al viejo y activo misionero. Así lo hace saber monseñor Maigret al padre General el 12 de marzo de 1885: "Damián me ha escrito diciéndome que está deshecho; que echa de menos al padre Alberto, pues ha descubierto en el fondo de su corazón una gran estima y un tierno afecto por él".

Ahora, Damián vuelve a estar solo. ¿Quién irá a visitar a los cristianos del otro lado del "pali"? ¿Con quién podrá desahogar ahora su corazón en confesión? Las fuerzas le van fallando y se siente incapaz de atender a todo. La lepra empieza a hacerse visible. Se le hinchan las orejas, se le caen las cejas, y su pierna izquierda le produce fuertes dolores.

El doctor Arning ya les había comunicado, tanto al padre Leonardo como a monseñor, el estado de Damián. Por ello, el padre Provincial le prohíbe salir ya de la isla e ir a Honolulu. Pero el doctor Mouritz le habla a Damián de un médico japonés, residente en Honolulu, del que se dice aplica un tratamiento con buenos resultados. Damián escribe al padre provincial, solicitando permiso para ir, pero éste le contesta con la negativa.

## 1885

El Comité de Higiene requiere de Damián un informe cronológico, consignando todo lo que ha experimentado con los leproso y lo que ha aprendido del trato con la enfermedad durante aquellos trece años. En mayo, recibe una carta del padre Alberto Montiton, a la que contesta, diciéndole entre otras cosas: "La enfermedad está haciendo inquietantes progresos, y temo no poder decir misa con regularidad. Y, como aquí no hay otro sacerdote, habrán de faltarme la santa comunión y las visitas al Santísimo. Y esto es lo que más me costaría sobrellevar y lo que haría más insostenible mi situación. Ni la enfermedad, ni el sufrimiento, logran desanimarme, ni mucho menos. Hasta ahora me siento feliz y contento, y, aunque me fuese posible marcharme de aquí con plena salud, diría sin vacilar: me quedo hasta el final de mis días entre mis leproso". La nueva negativa del padre Leonardo a su petición de ir a Honolulu para ir a la consulta del doctor Goto le causa "más dolor que cuanto he tenido que sufrir desde mi niñez. He reaccionado ante todo esto con sumisión completa, según me lo pide mi voto de obediencia".

Al fin, ante la insistencia del doctor Mouritz, el padre Leonardo levanta la prohibición, y Damián sale para Honolulu, al hospital dirigido por las hermanas Franciscanas. Allí se somete al tratamiento que le produjo cierta mejoría en su estado. Durante su estancia en el hospital, no se quedó inactivo. Todos los días, después de celebrar la santa misa, recorría las salas del hospital, visitando a los enfermos y animándolos con su cordialidad.

El último día de su estancia en Honolulu, recibe la visita del rey, del primer ministro y de su obispo monseñor Koeckemann.

Al llegar a Molokai, encuentra sobre la mesa una carta de su hermano Pánfilo, asustado por una



noticia de monseñor Koeckemann, publicada en "Misiones Católicas", en la que hace alusión a la inminente muerte de Damián, y le dice que ha pedido ser destinado a Molokai. Damián escribe a monseñor para que apoye ante el padre General la petición de su hermano. Así se lo promete monseñor. Y él mismo escribe al padre General suplicándole que deje venir al padre Pánfilo para ayudarlo, y le recuerda el artículo 392 de la Regla, que ordena que tienen que trabajar próximos dos religiosos, al menos.

Su hermana se entera de su estado por un periódico local, y se lo dice a su madre. Ésta exclama: "Entonces me seguirá pronto a la eternidad". Y muere el 6 de agosto, mirando el retrato de su hijo Damián.

*Mi querido hermano, al haberme impresionado tan vivamente el relato de tu enfermedad y como pareces insinuar que puede degenerar en extenuación, lo que, espero, Dios no permita, no puedo ocultarte por más tiempo que también yo estoy amenazado de una enfermedad aún más terrible que la extenuación. Dentro de poco hará ya doce años que estoy entre los leprosos. La lepra es enfermedad contagiosa; creo que no tengo motivos para quejarme de la clara protección que Dios me ha concedido. La Virgen y San José también tienen algo que ver en ello, pues me encuentro hoy tan fuerte y robusto como cuando me viste partir en 1863, a excepción de mi pie izquierdo, que desde hace tres años ha perdido casi por entero su sensibilidad. Es un veneno secreto que amenaza con envenenar todo el cuerpo. No lo tomemos a broma, sino recemos uno por otro".*

(Molokai, Kalawao, 31 de enero, a su hermano Pánfilo)

*"Por el momento ni nuestro obispo, ni yo tampoco vemos oportuno (ir a respirar los aires de su tierra) y, además, ¿qué sería de mis pobres enfermos? Por la gloria de Dios y la salvación de las almas espero permanecer en mi puesto hasta la muerte. Me encuentro feliz y contento y en condiciones de hacer algo de bien. Por eso no añoréis demasiado volver a verme en este mundo de aquí abajo. Leoncio haría muy bien en destinar uno de sus numerosos hijos para que venga a reemplazarme. Adiós, mis queridos familiares. Permanezcamos unidos de corazón en Nuestro Señor Jesucristo, en el tiempo y en la eternidad".*

(Molokai, Kalawao, 2 de febrero, a su madre, hermanos y parientes)

*"Estoy lisiado, probablemente para toda la vida. Mi espantoso pie, que habéis visto en Honolulu, no se ha curado, ni mucho menos; aunque la herida haya cicatrizado, la inflamación y la hinchazón del nervio mayor debajo del talón siguen igual. Ando arrastrando la pierna. Ir y venir del hospital, que no está a más de cinco minutos, me supone un cansancio que me tiene en un grito toda la noche".*

(Molokai, Kalawao, 25 de febrero, a monseñor Olba)

*"En fin, mi reverendo Padre, no hay duda: esto leproso. ¡Bendito sea Dios! No me compadezca; estoy completamente resignado a morir. No os pido más que un favor: que, al menos una vez al mes, me envíe a al-guien a esta tumba para confesarme; el resto del tiempo se puede ocupar de las capillas del otro lado de la isla donde no hay enfermos".*

(Molokai, Kalawao, 14 de octubre, al padre Leonor Fousnel)

*"En el mes de marzo pasado, mi hermano en religión, el padre Alberto, se marchó de*

*Molokai y del archipiélago para volverse a Tahiti. Soy el único sacerdote en Molokai y esto afectado por la lepra. Los microbios de la enfermedad han anidado finalmente en mi pierna derecha y en mi oreja. El párpado empieza a caérseme.*

*Ya no puedo volver a Honolulu, pues ya se nota la lepra. Pienso que muy pronto se me desfigurará el rostro. Y aun sabiendo con certeza que tengo la enfermedad, estoy tranquilo y resignado, y hasta me encuentro más contento entre mi gente.*

*El buen Dios sabe lo que más que conviene para mi santificación. Y con esta convicción repito cada día el "Hágase tu voluntad".*

*Tenga la bondad de rezar por este vuestro atribulado amigo y encomendarme, así como a mis desdichados leprosos, a todos los siervos de Dios".*

(Molokai, Kalawao, 5 de octubre, a Charles Warren)

*"Os agradezco, Monseñor, vuestros sentimientos de simpatía, a propósito de la marcha de mi enfermedad. Me conforta mucho ante lo que pueda venir el pensar que hace 25 años estuve bajo el paño mortuario el día de mis votos; así pude desafiar el peligro de contraer esta terrible enfermedad, cumpliendo mi deber y procurando morir mas y más a mí mismo.*

*A medida que avanza la enfermedad, me encuentro más feliz y contento en Kalawao. El no tener un confe-sor, cuando lo deseo, me aflige más que nada".*

(Molokai, Kalawao, 29 de octubre, al monseñor H. Koeckemann)

## 1886

El 29 de julio de 1886, llega a Molokai José Dutton, convertido de la iglesia episcopaliana al catolicismo, antiguo teniente del ejército, bebedor empedernido y después trapense. Tiene 43 años, y viene a redimirse de su pasada vida en el trabajo entre los leprosos. Dutton significa una preciosa ayuda para Damián, que siente cómo la lepra comienza a minar su organismo. Dutton es una persona dispuesta, experimentada y hábil. Pronto se gana la simpatía de los huérfanos del "Boys Home", e igualmente le hace sacristán y responsable de todos los objetos y ornamentos del culto de las distintas capillas. Las relaciones entre ambos son dulces y cordiales.

Charles Warren Stoddard, el catedrático de Indiana que lo visitó en 1884, le comunica a Damián que ha escrito un libro sobre su extenso viaje y visita a Molokai y que ha sido acogido con mucha simpatía por parte de los pueblos de habla inglesa. Uno de sus lectores, el escritor M. Chapman, pastor anglicano, le hace saber que, al leerlo, ha sido tocado en sus fibras más íntimas. "Que le sirva de consuelo el saber que su heroísmo nos ha estimulado a algunos de nosotros a seguir su ejemplo, con tal de que recibamos la gracia de Dios para ello y le plazca invitarnos a una vida de sacrificio. Usted me ha enseñado con el relato de su vida más que todos los comentarios religiosos que he leído en mi vida, y el Santísimo Sacramento tiene más valor para mí desde que he llegado a conocer la historia de un leproso voluntario. Si las necesidades, de las que usted cuida, pueden ser aliviadas con dinero, trataré inmediatamente de reunir 500 libras esterlinas y se las enviaré".

Damián contesta a M. Chapman y le dice que da gracias a Dios porque se ha servido de él, pobre siervo, para inflamar su corazón en el espíritu de sacrificio. Sobre el Santísimo Sacramento, escribe en la misma carta: "Sin la continua presencia del divino Maestro, no hubiera podido compartir la suerte de los leprosos de Molokai... Como la Santa Comunión es el pan diario del sacerdote, me siento feliz, contento y resignado en este ambiente excepcional en el que la Divina Provisión me ha puesto".

*“La terrible enfermedad que el Todopoderoso ha permitido que aflore al exterior, yo ya la esperaba desde que, hace 13 años, puse los pies en este asilo de leprosos. La acepté de corazón por adelantado. Espero que, gracias a las oraciones de mucha gente, Nuestro Señor me concederá la ayuda necesaria para llevar mi cruz tras El, hasta nuestra Gólgota particular de Kalawao”.*

*(Molokai, Kalawao, 25 de marzo, a Sor María-Gabriela)*

*“La terrible enfermedad, cuyos comienzos conoció usted, avanza espantosamente y me amenaza con dejarme disminuido y hasta con impedirme decir la Santa Misa. No teniendo otro sacerdote junto a mí, me veré privado de la Comunión y del Santísimo Sacramento. Esto es lo que más me va a costar y me causará una situación insostenible. No es la enfermedad, ni los sufrimientos los que me desalientan, no. Hasta ahora me siento feliz y contento; y si para curarme tuviese que elegir salir de aquí, diría, sin dudar lo mas mínimo: me quedo aquí con mis leprosos mientras viva”.*

*(Molokai, Kalawao, mayo, al padre Alberto Montiton)*

*“Monseñor: Os incluyo dentro una nota que mi hermano, el padre Pánfilo, os envía. Se ha enterado, probablemente por vuestra carta, de la situación en que me encuentro. Sin mas comentarios, os dejo a vos el juicio sobre los sentimientos que expresa.*

*Si vuestra ilustrísima intentara conseguir del nuestro superior general este padre, que desde joven ha tenido un corazón de misionero, sería ésta una buena adquisición para nuestra querida misión. Es un profundo teólogo, con mucho celo para el ministerio, conoce bien el inglés, y es sobre todo un buen hijo de la Congregación. En 1863 y en 1868 había recibido obediencia para las islas Sandwich, pero siempre lo retuvo el padre Wenceslao, con el pretexto de que lo necesitaba muchísimo en Lovaina, donde todavía reside. Sintíéndome de algún modo como una persona que ya no pertenece a este mundo, prefiero dejaros a vos, monseñor, y al superior general procurarme este consuelo de tener a mi hermano en este país”.*

*(Molokai, Kalawao, 21 de julio, a monseñor Koeckemann)*

*“Según os escribí, reverendísimo Padre, hace unos diez años, ya entonces sentí los primeros síntomas de esta terrible enfermedad, consecuencia lógica y esperada de una larga estancia entre los leprosos. Así que no estéis ni muy sorprendido, ni muy apenado, al saber que uno de vuestros hijos haya sido condecorado no sólo con la cruz real de la orden de Kalaupapa, sino también con la cruz que nuestro divino Salvador ha querido que yo fuese marcado. Mi fuerte y robusta constitución han resistido muy bien a lo largo de trece años de servicio entre mis numerosos leprosos; después de algún tiempo, sin embargo, mi naturaleza va siendo minada poco a poco, según van invadiendo los bacilos los miembros de mi cuerpo. A pesar de ello, sigo en pie y, con un poco de cuidado, continúo con mi vida activa de siempre, aun cuando el quehacer se ha duplicado por la sentida marcha del padre Alberto”.*

*(Molokai, Kalawao, 26 de agosto, al padre General M. Bousquet)*

*“He recibido vuestra estimadísima carta del 4 de junio Agradezco a nuestro divino Salvador el que, a través de este pobre sacerdote que trata de cumplir con toda sencillez los deberes de su vocación, haya encendido en vuestro corazón ese noble impulso del sacrificio de sí mismo. Como decís en vuestra carta, el Santo Sacramento es de verdad el estímulo para todos nosotros, para mí como para vosotros, el que nos em-*

*puja a renunciar a todas las ambiciones mundanas.*

*Sin la presencia continua de nuestro divino Maestro en el altar de mis pobres capillas, nunca habría podido perseverar en mi voluntad de entregarme a los leprosos de Molokai.*

*Yo ya había previsto las consecuencias, y ahora empiezan a manifestarse en la piel de mi cuerpo y se hacen sentir en todo mi organismo. Siendo la santa comunión el pan de cada día para el sacerdote, yo me siento feliz, muy contento y resignado en esta situación tan excepcional en la que la Divina Providencia ha querido colocarme*

(Molokai, Kalawao, 26 de agosto, al Reverendo H.B. Chapman)

*"Es este alejamiento de todo hermano de nuestra querida Congregación lo que me resulta más penoso que la enfermedad. Guarden todo este secreto entre usted y el reverendísimo padre y entiéndanse los dos para encontrar la mejor solución. Puesto que no pido otra cosa que permanecer y morir en Kalawao, leproso o no, déjenme continuar mi carrera hasta el fin. Por lo demás estoy contento y feliz y no me quejo de nadie. Esperando a mi confesor, me confieso de vez en cuando ante el Santo Sacramento".*

(Molokai, Kalawao, 30 de diciembre, al padre Javier Weiler)

## 1887

Chapman le envía 975 libras esterlinas. El obispo, al enterarse de esto, reacciona de manera incomprensible y le acusa de protagonismo, porque deja en segundo lugar al Comité de Higiene y a la Misión Católica. ¿Por qué este cambio tan brusco? La contestación, que Damián no conocerá, se la da el padre Leonardo al padre General: "Monseñor, en efecto, tiene la enfermedad de la envidia". Aunque, más adelante, el mismo padre Leonardo se comportará como monseñor, según aparece en una carta que envía a Damián: "Puesto que estoy facultado para ello, le prohíbo que mande carta alguna a quien sea, sin haberla sometido antes a mí. Solamente se exceptúan las cartas al Superior General, según dispone la Santa Regla".

El 16 de noviembre, viene destinado a Kalaupapa el padre Gregorio Archambaux, un misionero de las islas Sandwich. Los leprosos ya le conocen, ya que ha venido en distintas ocasiones a evangelizar a los leprosos, por invitación de Damián. Pero esta vez viene obligado por el Comité de Higiene, pues, además de otras muchas enfermedades, está leproso. Poco puede hacer, sino confesar al padre Damián y realizar algún que otro servicio en la capilla de Kalaupapa. Una carga mas para Damián, quien, actualmente combatiendo la lepra con pastillas de arsénico, tendrá que atender ahora a su compañero enfermo. Por las noches, Damián apenas duerme, porque el padre Gregorio, aquejado de asma, le desvela con sus accesos de tos. Al cabo de dos meses, monseñor Koeckemann, aconsejado por el doctor Mouritz, lo saca de Molokai y lo envía al hospital de leprosos de Kalawao. No le va bien el clima húmedo de Kalawao. Morirá poco después el 2 de noviembre de 1888.

*Querido hermano: Supongo que la razón por la que me has contestado tan rápido no ha sido otra que la noticia dada por algunos periódicos belgas de que tu exiliado hermano había muerto. Desgraciadamente el Todopoderoso todavía no me ha llamado de este infeliz mundo, y aquí me tienes todavía, aunque inútil, cumpliendo mi tarea de cada día como de costumbre, no sé hasta cuándo...*

*Como sabes, hace tiempo que la divina Providencia me escogió para morir víctima de*

*esta repugnante enfermedad que es la lepra. Espero quedar eternamente agradecido a Dios por esta merced. Me parece que esta enfermedad abreviará un poco y aun estrechará el camino que me ha de llevar a nuestra deseada patria. Con esta esperanza acepto esta enfermedad como mi cruz especial. Procuero llevarla como Simón el de Cirene, tras las huellas de nuestro divino Maestro. Ayúdame con tus oraciones para que tenga la fuerza de perseverar hasta que llegue a la cima del calvario”.*

(Molokai, Kalawao, 9 de noviembre, al padre Pánfilo)

*“Continúo siendo el único sacerdote en Molokai. El padre Columbano y últimamente el padre Wendelin Moellers son los únicos hermanos que he visto desde hace dieciséis meses. Por tener tanto que hacer, el tiempo se me hace muy corto; la alegría y el contento del corazón que me prodigan los Sagrados Corazones hace que me crea ser el misionero más feliz del mundo. Así el sacrificio de mi salud, que Dios ha querido aceptar haciendo fructificar un poco mi ministerio entre los leprosos, lo encuentro después de todo muy ligero e incluso agradable para mí, atreviéndome a decir como San Pablo: “Estoy muerto y mi vida está escondida con Cristo en Dios”.*

(Molokai, Kalawao, 16 de noviembre, al padre Pánfilo)

*“Sigo preocupándome de mis asuntos y todavía estoy en todo momento al cuidado de mis leprosos. Después de todo no estoy tan mal, aunque la lepra me trabaja deprisa. Mi rostro ha empezado a deteriorarse, mis orejas se han agrandado, mi nariz se ha obstruido y mi mano derecha está dañada. Las hinchazones son ya claramente visibles. Los dolores me han disminuido notablemente, pero el aspecto externo ahora es el más afectado “.*

(Molokai, Kalawao, 8 de diciembre, E. Clifford)

## 1888

Hace algún tiempo, Damián está en correspondencia con un misionero sacerdote, originario de la diócesis de Lieja (Bélgica) y que trabaja, desde 1874, entre los pieles rojas de las Montañas Rocosas en Oregón. M. Lambert Conrardy, así se llama, le expresa a Damián su deseo de ir a trabajar con él entre los leprosos de Molokai. Pero esta es una cuestión que tiene que resolver el Vicario Apostólico, quien no se opone, má-xime al venir recomendado por el arzobispo de Oregón, monseñor Groos. Y el 17 de mayo, se incorpora a la leprosería. Una buena ayuda para Damián y un buen ángel para sus últimos días<sup>1</sup>.

Por fin, monseñor accede a enviar un grupo de misioneras a la Misión. Se trata de las religiosas franciscanas de Syracuse, cerca de Nueva York. Llevan trabajando en las islas desde 1883 en el hospital de Kakaako y en el nuevo hospital de Wailuku (isla de Maui). Tres de ellas, hermanas Mariana, Leopoldina y Vicenta, llegan a Mo-lokai el 14 de noviembre. Damián, que se halla en Kala-wao, viene en barco a Kalaupapa para dar la bienvenida a las hermanas. Trae el aspecto desmejorado, los ojos más hinchados. Después de la misa, el padre

Cornelio, que viene acompañando a las monjas, Damián y Conrardy, van con las hermanas hasta el asilo para niñas hijas de enfermos, del que van a hacerse cargo.

Más tarde, y poco a poco, se irían añadiendo a la pequeña comunidad otras religiosas.

---

<sup>1</sup> Muerto Damián, marchará a Skek-Lung (China), donde fundará una leprosería al estilo de la de Molokai. Y, años después, víctima de una neumonía, muere en Honk-Kong el 24 de agosto de 1914.

Damián, contento de que sus pequeños estuviesen en tan buenas y cariñosas manos, expresa así su satisfacción: "Ahora ya me puedo morir, he acabado mi tiempo, pero mi obra perdurará más próspera que nunca".

Pocos días después de las hermanas, llega el padre Wendelin, hombre grave, tranquilo, juicioso y de una entrega sin límites. Se instala en Kalaupapa, mientras Damián y Conrardy se quedan en Kalawao.

El Comité de Higiene aconseja a Damián que entregue todo el dinero a su Obispo, quien, en colaboración con el Comité y según las indicaciones de Damián, 10 empleará en beneficio de los enfermos. Su conciencia le dice que el dinero se ha de invertir según la intención de los donantes. No obstante, está dispuesto a cederlo a sus Superiores. Pero monseñor no lo acepta; sólo quiere que haga testamento de cuanto posee a favor de él y de sus sucesores. Así lo hace Damián, y se acaba la discusión. Estas son sus palabras sobre este asunto: "Que todo honor, toda gloria, todo elogio que me hacen, sea dirigido a Dios, cuyo servidor soy... Jesucristo y su Iglesia lo son todo; tengo que eliminarme a mí mismo".

El padre Cornelio, que vino acompañando a las hermanas franciscanas y que permaneció en la isla unos días, traía un encargo del padre General: el de hacer un informe de su visita a la misión de Molokai. Entre otras cosas, refiriéndose a Damián, dice que le llama la atención la pobreza de su vivienda, su sotana gastada hasta el forro, el delgado saco de paja sobre el suelo, en el que Damián duerme. Damián no es el hombre intratable y fanfarrón al que le gusta el protagonismo. Los leprosos, a los que indaga, piensan otra cosa:

Damián es un hombre humilde, que nunca piensa en sí mismo.

A mediados de diciembre, llega a Molokai M. Edward Clifford, hombre de letras y distinguido artista. Como por su profesión dispone de tiempo libre, sale de Inglaterra y se dispone a atravesar los océanos que le separan de Molokai, la tierra donde florece el heroísmo. Llega a la isla a bordo del vapor "Makoli".

Desde el barco, Clifford adivina la figura de Damián. Lleva un amplio sombrero de paja. Camina con dificultad. Se saludan amistosamente por entre las olas. Clifford baja del barco, monta en una canoa y, con peligro, llega hasta la orilla, donde le aguarda Damián. Este le toma de una mano, le ayuda a saltar sobre la roca y el saluda por su nombre: Eduardo.

Clifford contempla la obra admirable de Damián, más que su figura. Las casitas blancas, alrededor de la iglesia y de los hospitales, tienen un aire de frescura y de belleza, una atmósfera luminosa contrastada por las murallas oscuras del "pali". Uno de los panoramas más bellos a la vista, si esta aldea no estuviese en la frontera del valle de la muerte.

Nuestro visitante sigue admirando los resultados evidentes del esfuerzo sobrehumano del sacerdote católico.

A la hora de la comida, y por indicación de Damián, para evitar el contagio, se colocan en la mesa aparte, pero cerca el uno del otro. Clifford tiene, según cuenta él mismo, reparo en comer. Sólo toma algunas galletas embotadas y unas naranjas cogidas por él mismo de un árbol cercano.

Después de la comida, suben a la terraza, toda ella cubierta por una madreselva florida. Desde ella se ve a un lado el gabinete de trabajo de Damián; al otro, su dormitorio.

Escribe Clifford que los mejores momentos de su estancia en Molokai los pasó en este balcón, escuchando a Damián y contemplando su figura. "Este debió ser un hombre fuerte, de pelo negro y rizado, de barba corta, de aspecto imponente. Ahora aparece un tanto desfigurado por la lepra. Tiene la frente hinchada, los párpados caídos, la nariz hundida y las orejas ensanchadas. Sus manos y su cara están llenas de granos y su cuerpo con señales de la enfermedad. Llegan muchos leprosos a visitar a Damián y, de paso, también a mí. Unos se quedan junto a nosotros, y otros se sientan en el jardín".

Mientras Clifford pinta su retrato, Damián lee el breviario o le habla de su trabajo apostólico. Al

mirar la pintura, dice: "¡Qué aspecto tan ruin! ¡No creía que la enfermedad hubiese progresado tanto!". Y eso lo dijo sin echárselas de mártir, de santo o de héroe, sino con humildad y sencillez.

Entre otros regalos que Clifford trajo para los leprosos, de parte de los amigos ingleses, había un grabado del Buen Pastor, un Via Crucis, una linterna mágica, un harmonium y un lienzo de la "Visión de San Francis-co".

En la Navidad, Clifford, aunque calvinista, canta en la misa del Gallo, acompañado por el coro de niños.

Al fin, llega el día de partir. Desde la pasarela, el amigo inglés saluda sin parar a Damián y a sus leprosos, enviándoles su último adiós. Ya no verá más a su amigo, el misionero leproso.

Damián le entrega una carta, adornada con flores recogidas en Jerusalén, con estas palabras: "A Edward Clifford, de su amigo leproso. José Damián de Veuster". Y pidiéndole su Biblia, escribe: "Estaba enfermo, y viniste a visitarme".

*"En cuanto a mí, Dios sabe lo que más conviene a mi pobre alma: en sus manos pongo el decidir si mis días han de ser más o menos.*

*Desde mi última carta, he ido avanzando rápidamente hacia nuestro cementerio. Ahora la enfermedad me ha atacado los pulmones y poco a poco he ido quedándome muy débil".*

*(Molokai, Kalawao, 11 de noviembre, a M. E. Clifford)*

## 1889

A Honolulu llegan noticias alarmantes. El doctor Swift, que sucede en el lazareto al doctor Mouritz, comprueba la rapidez con la que avanza la lepra en Damián. Sus manos aún le permiten celebrar la misa y terminar su iglesia. En cambio, sus ojos van peor. La mayoría de las noches las pasa sin dormir. La enfermedad ataca su garganta. Casi no le queda voz. Sus pies em-piezan a supurar. Sólo las yemas de los dedos siguen intactas.

A petición de monseñor ha firmado su testamento, en el que confía todo cuanto tiene a sus Superiores. "Espero haber llegado pronto a la cima de mi Calvario", añade en una carta que dicta al hermano Santiago para Clifford. Ya no puede visitar a sus leprosos, pero éstos a él, sí.

Damián se consume lentamente. Pero todavía tiene que pasar por una dura prueba. Por instigación del C.M. Hyde, un grupo de protestantes y de católicos le calumnian acusándole de mantener relaciones sexuales con mujeres. Hyde pretende atribuirle a Damián el asunto de un sacerdote católico, llamado Fabián, demandado ante los tribunales por haber violado a una muchacha hawaiana en el distrito de Kohala (isla de Hawai), donde Damián había trabajado antes de ir a Kalawao. El hecho ocurrió en 1880, cuando Damián llevaba ya siete años en Molokai. Un lengua indiscreta lleva el rumor hasta el lecho donde el apóstol se consume lentamente. Esto destroza el corazón de Damián, quien, en presencia de su amigo Dutton, pone al cielo por testigo de que él es inocente de tan negra acusación.

Atormentado por el dolor (23 de febrero) y la alta fiebre, da vueltas continuamente en la cama. Las únicas palabras que salen de su boca son para pedir que, cuando él muera, se preocupen de sus chicos.

Cuando alguien le pregunta qué tal está, responde: "No se me oculta que el fin está próximo. Que se cumpla la voluntad de Dios".

A finales de mes, su mal se agrava repentinamente. "Hasta el 23 de marzo, escribe el padre Wendelin, estaba, como alegre, activo, ágil y dispuesto a todo. Fue la última vez que le vi así. Después del día 28, ya no salió de su habitación. Y, después de haber firmado sus papeles, me

dijo: "Estoy contento de haber entregado todo a monseñor. Ahora que me quedo pobre, no tengo nada mío..."

En la humilde celda, sin otra comodidad que una mesa, una silla, dos libros religiosos, una Biblia y una Vida de los Santos, Damián yace en el lecho de sus últimos sufrimientos, sin sábanas de recambio, tan sólo unas mantas, nada más. Sus hermanos le procuran una cama, porque está postrado sobre un jergón de paja en el suelo. Damián se resiste. Quiere seguir siendo y morir pobre como el más pobre de sus hermanos los leprosos.

El día 30, llama al padre Wendelin para que le asista y le prepare a bien morir. "Parecía feliz, escribe el padre Wendelin. Después de confesarle, me confesé yo con él; a continuación renovamos los votos. Al día siguiente, recibió el Viático. Y durante el día estaba alegre, feliz, como de costumbre". "Mira mis manos, me decía; mis llagas se cierran, las costras se vuelven negras; es la señal de la muerte, lo sabes bien. Después de haber asistido a tantos leprosos, no me puede engañar: la muerte está cerca. Desearía ver una vez más a monseñor; pero el Buen Dios me llama a celebrar la Pascua junto a Él. ¡Bendito sea Dios!".

El 2 de abril, monseñor Conrardy le administra el Sacramento de la Unción. Los días siguientes los pasa tranquilos. Hasta parecía que Dios lo iba a conservar algún tiempo más.

Damián dice al padre Wendelin: "Padre, usted representa aquí para mi la Congregación, ¿no es verdad? Recemos, pues, juntos nuestras oraciones. Y escriba al padre General, diciéndole que me siento muy feliz de morir hijo de los Sagrados Corazones".

El sábado 13 de abril, se agrava su estado y se desvanece definitivamente toda esperanza de vida. Antes del mediodía, recibe por última vez la Eucaristía. Sus ideas ya no son lúcidas, aunque en sus ojos conserva la alegría y la paz. No puede hablar. Solamente aprieta la mano que le ofrece el padre Wendelin.

15 de abril. Damián muere dulcemente, después de haber pasado 16 años entre los leprosos. Hacía las once de la mañana, es llevado a la iglesia. Allí permanece rodeado de las hermanas franciscanas y de los leprosos, que lloran por la muerte de su padre y amigo.

Damián es enterrado bajo el "puhala" o "pándano"; y allí permanece durante dieciséis años, hasta que el rey Leopoldo del Bélgica logra el presidente Franklin (U.S.A.) el poder trasladar los restos de Damián a su Bélgica natal.

Y allá siguen, en la iglesia de San Antonio en Lovaina, pero no todos. El 4 de junio de 1995, durante su beatificación, la mano derecha le fue entregada al Papa Juan Pablo II, quien, a su vez, la entregó a la delegación hawaiana para que fuera depositada en su tumba de origen en Kalawao (Molokai), junto a la capilla de Santa Filomena, testigo permanente del amor de Damián por sus enfermos.

En la cruz de mármol negro de su tumba están grabadas estas palabras en inglés:

VC.J.S.

Dedicado a la memoria  
del reverendo Padre  
Damián de Veuster  
muerto mártir de la caridad  
por los infortunados leprosos  
el 15 de abril de 1889.

R.I.P.



El mismo día en el que Juan Pablo II declara Beato al Padre Damián, establece que cada año se celebre su fiesta diez de mayo, fecha de su llegada a la leprosería.

*"El padre Damián me ha encargado contestar a vuestra amable carta del dos del corriente... Quiero deciros lo apenados que estamos por no haber podido deciros por última vez "adiós"; sin embargo, tanto el padre Damián como yo nos quedamos sobre el acantilado hasta que marchó el barco.*

*Pidamos juntos para que, si ya no volvemos a vernos en la tierra, nos veamos reunidos un día gozosamente y para siempre en la casa de nuestro Padre del cielo, donde todos los leprosos se verán limpios".*

(Molokai, Kalawao, 4 de enero, escrita por el hermano Santiago en nombre del padre Damián a M. E. Clifford)

*"Debido a la enfermedad que el buen Dios ha querido enviarme, he dejado de escribirte con la frecuencia que solía hacerlo antes, lo mismo que a la familia. Pero pienso que vosotros deberíais escribirme tan a menudo o más que antes.*

*Estoy feliz y contento y, aunque muy enfermo, no deseo otra cosa más que cumplir la voluntad del buen Dios".*

(Molokai, Kalawao, 14 de febrero, al padre Pánfilo)

*"Mi afecto y mis mejores deseos para mi buen amigo Eduardo. Voy tratando de escalar muy lentamente mi camino de la cruz y espero llegar muy pronto a la cima del calvario".*

(Molokai, Kalawao, 26 de febrero, a E. Clifford)

*Estremecedor, a la vez de tierno, es el relato que el padre Wendelin nos ha dejado de los últimos días de Damián. Es el testimonio de un hermano de la Congregación que visitó en varias ocasiones a Damián para escucharle en confesión. Posteriormente vivió con él en Molokai algo más de un año (del 20 de nov. de 1888 al 15 de abril de 1889). Breve tiempo, pero suficiente para captar la profundidad espiritual de Damián, la alegría de su entrega, su confianza en Dios, su radical desasimiento, su profundo amor a la Congregación de los SS.CC. y a los leprosos. Entre ellos realizó y culminó su seguimiento de Cristo, viviendo y anunciando el Amor de Dios entre los más marginados de la sociedad. Por último, el gozo y la paz de sus últimos momentos.*

### **Los últimos momentos de Damián según el padre Wendelin Moellers**

El sábado 23 de marzo estaba, como de costumbre, activo, yendo y viniendo de acá para allá. Sería la última vez que lo viese así. Desde el 28 de marzo, jueves, ya no salió más de su habitación. Ese mismo día ordenó sus asuntos temporales y, una vez que firmó sus papeles, me dijo: "¡Qué bien me siento después de haber entregado todo a monseñor; voy a morir pobre, sin tener nada que me pertenezca!". Y comenzó a guardar cama.

El sábado 30 se preparó para morir. Era realmente edificante verlo, ¡parecía tan feliz! Después de hacer su confesión general conmigo, me confesé ante él, y juntos renovamos los votos que un día nos unieron a la Congregación. Al día siguiente, recibió el santo viático. Durante todo el día se mantuvo alegre, gozoso, como siempre. Y me decía: "¿Ve mis manos? Se me han cicatrizado todas las llagas y la costra se está oscureciendo: es la señal de que me voy a morir, usted lo sabe bien. Míreme los ojos: después de haber visto morir a tantos leprosos, no puedo engañarme; la muerte no está muy lejos. ¡Cuánto me hubiera gustado ver una vez más a monseñor; pero, ¿qué se va a hacer?, el Señor me invita a celebrar la Pascua junto a Él. ¡Bendito sea Dios!".

Su único pensamiento era el de prepararse a bien morir. No había duda: la muerte estaba ya muy próxima. El 2 de abril, el padre Conrardy le administró el Sacramento de la Unción de los enfermos. Y en un momento del día me dijo: "¡Qué bueno ha sido Dios que me ha concedido tiempo para tener junto a mí a dos sacerdotes que puedan asistirme en mis últimos momentos y saber que las buenas hermanas de la Caridad están en la leprosería. Este es mi *Nunc dimittis*<sup>2</sup>."

La obra entre los leprosos está asegurada: yo ya no soy indispensable, dentro de poco me iré al cielo.

A esto, le dijo yo: Cuando esté allí, ¿verdad que no olvidará a los que deja huérfanos?". Y él me respondió: "¡Oh, no! Si alguna influencia tengo ante Dios, intercederé por cuantos están en la leprosería".

Le pedí que me dejara su capa, como Elías, para conservar su gran corazón. Y me dijo: "¿Y qué va a hacer con ella, si está infectada de lepra?".

Entonces le pedí que me bendijese. Y me dio la bendición entre lágrimas; bendijo también a las animosas hijas de San Francisco, por cuya venida rezó tanto.

Los días siguientes, el padre se encontró mejor; incluso tuvimos la esperanza de conservarlo entre nosotros algún tiempo más. Las hermanas venían a visitarlo con frecuencia. Lo que más me

---

<sup>2</sup> Canto de Simeón: "Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo ir en paz" (Lc.2,29-32)

asombraba era su paciencia. Él, tan fogoso, tan avisgado, tan robusto..., y ahora tener que verse así sujeto a su pobre jergón, aunque sin mucho dolor. Estaba acostado en la misma tierra, sobre una mísera colchoneta de paja, como el más sencillo y pobre de los leprosos. ¡Y lo que nos costó que aceptara una cama! ¡Qué pobrería! Él, que no escatimó lo más mínimo para aliviar a los leprosos, hasta tal punto se olvidó de sí mismo que no tenía ni mudas, ni ropas, ni sábanas.

Su amor a la Congregación fue admirable. Qué de veces me dijo: "usted me hace presente aquí a la Congregación, ¿no es verdad? Recemos, pues, juntos las oraciones de la Congregación. ¡Qué bueno es morir hijo de los Sagrados Corazones!

El sábado 13 de abril se empeoró, desvaneciéndose toda nuestra esperanza de tenerlo algún tiempo más entre nosotros. Poco después de medianoche recibió al Señor por última vez; muy pronto lo vería cara a cara. De vez en cuando perdía el sentido. Al ir a verlo, me reconoció, me dijo unas palabras, y nos despedimos, pues yo tenía que ir a Kalaupapa al día siguiente, que era domingo. Terminados los oficios, volví donde él, y lo hallé con bastantes fuerzas, pero sus ideas ya no eran lúcidas. Sus ojos revelaban resignación, pero sus labios ya no podían expresar lo que se fraguaba en su corazón. De vez en cuando, me apretaba la mano afectuosamente.

El lunes 15 de abril recibí una nota del reverendo padre Conrardy, diciéndome que el padre estaba ya en agonía. Me puse en camino a toda prisa, pero en el camino me encontré con uno que venía a anunciarme que había muerto.

Murió tranquilamente, como si se hubiese dormido; se apagó suavemente, después de haber vivido algo más de 16 años entre los horrores de la lepra. Cuando llegué, ya le habían revestido con su sotana. Todas las señales de la lepra habían desaparecido de su rostro; las llagas de sus manos estaban completamente secas.

Hacia las 11 de la mañana lo llevamos a la iglesia, donde quedó expuesto hasta las 8 del día siguiente, rodeado de leprosos que rezaban por su admirado padre. En la tarde del lunes, las hermanas vinieron a adornar el ataúd: seda blanca por dentro y por fuera un paño negro con una cruz blanca.

El día 16 celebré la misa por mi querido hermano. Acababa la misa se puso en marcha el cortejo fúnebre; pasamos por delante de la iglesia nueva para entrar en el camposanto. Abriendo el cortejo iba la cruz, luego los músicos y los miembros de una asociación; después las hermanas con las mujeres y las niñas, y después el ataúd, que era llevado por ocho leprosos blancos; y tras él el sacerdote oficiante, acompañado por el reverendo padre Conrardy y los acólitos; y por último, los hermanos con sus jóvenes y los hombres.

El padre Damián comenzó su vida en Molokai en condiciones de extrema miseria, hasta el punto de tener que pasar las primeras noches al abrigo de un gran árbol. Atendiendo a su deseo de ser enterrado bajo ese mismo árbol -pándano-, yo había ordenado preparar una fosa en el lugar indicado.

Es allí donde reposa su cuerpo en espera de la resurrección gloriosa. Está vuelto hacia el altar. La fosa está cubierta por una gruesa capa de cemento. Y en ella reposan los restos del buen padre Damián, a quien el mundo llama con razón el héroe de la caridad.

*(Molokai, 17 de abril 1889. Padre Wendelin, ss.cc.)*





